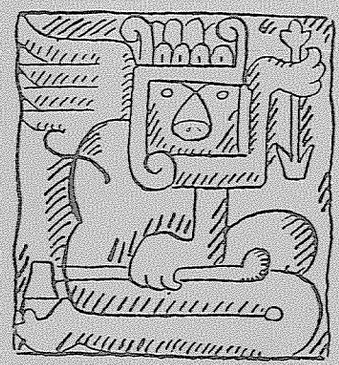
Ensayos

Noviembre 1937 - Junio 1938

17



Montevideo

Ensayos

REDACTOR RESPONSABLE:
EUGENIO PETIT MUÑOZ-GAETAN 1005 (PRADO)
IMPRESIÓN:
TIPOGRAFÍA "ATLANTIDA" - ZABALA 1376

INDICE DEL NUMERO XVI

Págs.

Guillermo García Moyano: Un factor adverso a la Democracia americana: el petróleo 129

Julio Casaravilla: Con varia intención . 161

Atilio C. Gaggero: Los unilaterales . . 165

Luis Giordano: Carlos Benvenuto . . . 170

Carlos Benvenuto: Primeras aproximaciones al tema: "La Filosofía en Segunda Enseñanza" 178

NOTAS:

Luis Arcos Ferrand: La realidad política nacional y el deber de la oposición . 183

Eugenio Petit Muñoz: Nuestros plásticos y nuestros escritores ayudan al pueblo español 188

Élie Faure: A propósito del "Personalismo" 192

Eddy Chibás: El plan trienal de Cuba . 207

E. Centrón: Vida de Basilio Muñoz, por Arturo Ardao y Julio Castro . . . 211

Julio Paladino: Le droit à la vie, por G. Rodrigues 215

Jesualdo: Dos libros mejicanos 219

Signo por: L. Castellanos Balparda

Noviembre 1937
Junio 1938 **Ensayos** Año II - No. 17

UN FACTOR ADVERSO A LA DEMOCRACIA AMERICANA: EL PETROLEO

El presente trabajo es un informe presentado al Congreso de la Democracia, realizado bajo los auspicios del Ateneo de Montevideo en febrero de 1938. Fué leído en él, inédito, por su autor, siendo aprobadas sus conclusiones.

En lo político, la revolución independizadora de las colonias españolas de América, significó mucho. En lo económico significó poco. Poca cosa más de un cambio de etiquetas y denominaciones. Siguieron imperando casi las mismas fuerzas económicas, el mismo predominio en ciertas clases dominantes, igual régimen de explotación de las clases trabajadoras rurales en el medio bárbaro, semifeudal.

Se crean repúblicas democráticas estructuradas según constituciones necesariamente líricas, desde que sus preceptos debían actuar sobre una masa amorfa e inculta, analfabeta en proporción aterradora, inapta en absoluto para el juego de las instituciones políticas. Ciudadanía compuesta en parte primordial por la población indígena o mestiza —gran mayoría en varios de esos países— a la que se rehabilitó con el espíritu generoso heredado de la Revolución Francesa, pero a la que no era posible convertir mediante tan sólo decretos y leyes en una masa ciudadana conciente de sus derechos. "Adoptamos las voces de orden, los preceptos y las fórmulas de París —dice Haya de la Torre, el líder del aprismo peruano— como el infalible recetario que había de darnos también li-

bertad, igualdad y fraternidad. Y mientras en Francia significó el derrocamiento del feudalismo, en Indoamérica representó la afirmación y autonomía del poder feudal colonial. Allá la aristocracia latifundista fué aplastada y aquí los aristócratas terratenientes criollos se libraron revolucionariamente del imperio de la metrópoli y capturaron el Estado como instrumento del dominio de su clase." Y agrega en otra parte: "Resultado paradojal de la revolución emancipadora indoamericana fueron sus regímenes políticos nominalmente democráticos, —correspondientes a una etapa económico-social posterior, burguesa o capitalista— en contradicción con la organización de la producción imperante en nuestros pueblos". (Haya de la Torre, "El Anti-imperialismo y el Apra". pág. 168). Aún hoy en día afirma un escritor boliviano que el mestizo y el blanco poseen una mentalidad pseudo-republicana, pero que el indio ignora absolutamente la república.

Así es como surgen las repúblicas de Hispano-América a la vida independiente. Sin práctica de la vida política; sin cultura política ni general; sin una masa ciudadana medianamente apta para el juego democrático; con todos los vicios y defectos inherentes al régimen colonial español; semifeudalismo sin unidad social y sin la necesaria estructuración económica para el desenvolvimiento de sus industrias ganaderas, agrícolas y extractivas.

En sus comienzos pues, las democracias americanas no fueron tales más que de nombre y en medio de convulsiones, caudillismos, retrocesos y altibajos se inicia paso a paso la evolución hacia la verdadera democracia. No la hubo en las primeras décadas de vida independiente porque era imposible que la hubiera por la falla del elemento hombre y por la estructuración económica, carente de los capitales necesarios a la explotación industrial de sus fuentes de riqueza.

Esa democracia en germen, débil aún y sacudida por crisis frecuentes, ve como absolutamente necesaria la venida del capital extranjero y considerando su arribo como un imperativo vital, le ofrece las condiciones más propicias, sin advertir que ese capitalismo ha de ser con gran frecuencia elemento antidemocrático, factor adverso a la consolidación del régimen de gobierno del pueblo por el pueblo.

A comienzos del siglo XIX, era el capitalismo inglés el que gobernaba el mundo y el que, como es obvio, se lanzó con todo éxito a la conquista de los nuevos mercados de Hispano-América. Las repúblicas americanas casi reverenciosamente agradecen tan especial "deferencia" y van entregando a la voracidad del inglés sus mercados comerciales y la explotación de muchas de sus fuentes de riqueza. En materia de empréstitos, Inglaterra es el banquero número uno, imponiendo amenudo condiciones lesivas a la soberanía de las repúblicas deudoras y más tarde en virtud de concesiones que obtiene —con frecuencia de duración centenaria— el capital inglés se convierte en el ferrocarrilero de Hispano-América, en el que da luz y agua a las ciudades, explota las minas, e industrializa los productos de la ganadería. En un momento dado y de modo predominante, el capitalismo inglés gobierna muchos de los resortes de la administración para fiscalizar el exacto cumplimiento de las obligaciones de deuda pública, administra comercialmente la industria de los transportes, es dueño de muchos de los servicios públicos, domina en el mercado de carnes, minero, lanero y del comercio en general.

Este capitalismo extranjero, tan metido dentro de la vida institucional y económica de las repúblicas americanas, tenía que resultar muy amenudo un factor de contrafuerza en la lenta y azarosa evolución de su democracia y con gran frecuencia un factor desquiciador de la misma. Fué así que las compañías inglesas o los banqueros ingleses financiaron más de una revolución y echaron abajo más de un gobierno, demasiado tozudo en su resistencia a sus planes financieros. Del mismo modo más de un dictador, de los tan frecuentes en la historia americana, logró más permanencia en el poder y más firme base para sus tropelías antidemocráticas, mediante su buena amistad y benevolencia hacia las compañías extranjeras. Porque no hay para que decir que antes como ahora, el capitalismo estaba siempre del lado del "orden" y lo exigía como condición esencial de su afianzamiento. Y go-

biernos de orden eran consideradas muchas de esas dictaduras, aunque hubiesen surgido de convulsiones y revueltas.

El capitalismo inglés no se vió sólo en la obtención de esos nuevos mercados. Capitales yanquis y de otras procedencias europeas también aparecen con su secuela de hombres de empresa y aventureros. Pero es muy fuerte el capitalismo inglés para no triunfar en la pugna. Sin embargo, a medida que avanza el siglo XIX los banqueros y las compañías yanquis comienzan a resultar contrario temible para el inglés, que ya empieza a verse desplazado con frecuencia. En todo el curso del siglo y concomitantemente con la consolidación y engrandecimiento de la Unión Americana, esa pugna continúa y marca la curva ascendente del capitalismo yanqui, que al acercarse el 900 ya está en pie de igualdad con el británico y que en los años que siguen ya lo sobrepasa y hasta desplaza en muchos de los sectores de su actividad. En 1914 se ensangra el mundo en la gran conflagración y ese hecho es aprovechado sabiamente por el capitalismo yanqui para terminar de consumar el desplazamiento del capitalismo británico en los mercados de América.

La pugna de los dos capitalismos no pudo nunca ser benéfica para las democracias americanas, aún en épocas más o menos cercanas en que parecían haberse consolidado.

La lucha de capitalismos, se convirtió —como era inevitable— en lucha de imperialismos y de esa lucha salió y sigue saliendo perjudicada la democracia, En ese avance final victorioso —ya en pleno siglo XX,— del imperialismo norteamericano y en la reacción posterior a la guerra del imperialismo inglés, aparece un factor nuevo de importancia primordial: el petróleo. Las luchas por su posesión han sido y siguen siendo funestas a las democracias americanas.

* * *

El petróleo es conocido desde la antigüedad, pero durante siglos fué usado casi exclusivamente en medicina. Tan solo a mediados del siglo pasado se descubren los productos

de su destilación y con ello se abre el camino fantástico de sus aplicaciones. Podrían señalarse tres etapas en la generalización de sus usos: gas de alumbrado, motores a explosión, motores Diessel. Cada descubrimiento abre a su consumo increíbles perspectivas. Cuando la energía eléctrica empieza a desplazar al petróleo como gas de alumbrado, se inventa el motor a explosión que bien pronto amenaza desplazar la máquina a vapor. Más tarde los motorse Diessel que consumen petróleo crudo, sin refinar, el llamado fuel Oil. Este último descubrimiento levanta aún más la curva de la demanda, pues barcos, locomotoras y grandes usinas adoptan el motor Diessel. La industria del automóvil alcanza enormes proporciones y la aviación empieza a tomar incremento. Todas estas vías de consumo determinan ya la formación de ríos de petróleo y comienza el imperio del "oro negro".

Estamos en 1914. Estalla la conflagración. Ya se sabía entonces lo que significaba el petróleo en épocas de paz. Aquel petroleum, —aceite de piedra— de los antiguos, era palanca del mundo. Pero al volver a la paz, los pueblos asombrados oyeron a los técnicos explicar lo que el petróleo había significado en la guerra. Asombrados y aterrados, por lo que eso significaba como perspectiva de futuro.

Las potencias aliadas fueron llevadas a la victoria sobre "olas de petróleo" según la expresión de Lord Curzon Se afirmó también que la victoria había tenido dos basamentos: Sangre y Petróleo. La hecatombe acusó dos novedades del punto de vista guerrero: la aparición de una cuarta arma, la aviación, y la motorización de los ejércitos. (La victoria del Marne, basada en el desplazamiento motorizado de las tropas, fué la primera victoria del petróleo).

Las potencias aliadas dispusieron de petróleo y su suministro fué técnicamente organizado a raíz de la entrada de Estados Unidos en la guerra. Los imperios centrales no dispusieron de petróleo en la misma proporción, apesar de haber realizado campañas, como la de Rumania —destinada esencialmente a obtener sus pozos. La ventaja en el petróleo significó la victoria.

Lamentable victoria, que no cambió la estructuración del mundo, que no desarmó a los pueblos y que dejó en incubación el germen de la nueva guerra, para la que todos los países se preparan, los unos con loco ardor bélico, los otros por necesidad de defensa. Y esa preparación está basada de manera primordial en el petróleo.

* * *

En los tratados de Versailles los vencedores impusieron una distribución de los combustibles conveniente a sus intereses de futuro. Se crea el régimen de los mandatos sobre territorios que habían sido de Alemania y de Turquía y Gran Bretaña obtiene ser mandataria sobre algunos de ellos, como por ejemplo el Irak, a las puertas de Europa y casualmente muy rico en yacimientos petrolíferos. Pero en esa repartija del petróleo —conferencias de San Remo, Lausana, Génova— se deja afuera a uno de los vencedores de la guerra, Estados Unidos, y esta exclusión se refleja en América haciendo más enconada la lucha entre los trusts.

Todas las compañías petroleras del mundo son filiables o responden en última instancia a uno de dos grandes consorcios o trusts: la Standard Oil cuya actividad es la encarnación de la política imperialista de Estados Unidos y la Royal Dutch Shell, que responde a la actividad imperialista de Gran Bretaña, cuyo estado llega a ser hasta accionista de alguna de las principales compañías que integran ese trust.

El campo de pugna de los dos grandes trusts es el mundo entero, allí donde hay petróleo. Tenían por tanto también que luchar en América Latina, al empezarse a confirmar que muchas de sus regiones encerraban yacimientos de comprobada riqueza. Los medios que utilizan para la lucha son todos buenos para los trusts, los lícitos y los ilícitos. La compra, la coacción, la amenaza, el soborno, a veces hasta la fuerza material.

América del Sur ha resultado ser uno de los continentes más ricos en petróleo. Sus campos de explotación acusan en los últimos años un rendimiento sorprendente y son enormes sus posibilidades de futuro.

Aprovechando la época de la guerra mundial, el capitalismo yanqui obtiene en Sudamérica innumerables concesiones. Los petroleros yanquis en hábil connivencia con sus banqueros y apoyados por la diplomacia del dólar de su gobierno, consiguen inmensas extensiones de campos petrolíferos para la explotación. Concluída la guerra, se produce la reacción de Inglaterra que ve en peligro su imperio del mar por la carencia de bases petrolíferas para el aprovisionamiento futuro de sus buques que ya no queman carbón sino fuel Oil. El trust inglés dirige también sus tentáculos hacia América y debe luchar con su rival. Estas luchas han resultado nefastas para la democracia de América.

La sola existencia del trust ya significa un peligro para la democracia. Es bien conocido el caso de la Standard Oil en Estados Unidos, la potencia financiera mayor del mundo, cuya existencia ha sido considerada como la de un estado dentro del Estado.

La existencia del trust omnipotente fué considerada ilegal y por ley decretada su disolución. Pero la Standard Oil, factor disociante de esa democracia plutócrata, tan señalada amenudo como ejemplo, no acató la decisión y luchó contra el Senado y contra los jueces, y venció á todos los poderes del Estado. El escándalo fué tan notorio que en 1912, el candidato demócrata a la presidencia, Wilson, pone al frente de su programa: "guerra a los trusts". Y los trusts petroleros se someten en apariencia, pero la victoria de Wilson resulta análoga a la que obtiene en Versailles pocos años más tarde: se cumplen en apariencia sus disposiciones, pero en realidad los intereses son los que deciden. Un hecho subsiguiente lo demuestra de modo acabado: en 1917, el gobierno de Méjico, dentro de la órbita de sus funciones en una nación soberana, decreta la nacionalización de los petróleos. La Standard —el trust— arrastra al gobierno de la Unión a una política de intervención en Méjico para obtener la derogación, lo que mereció del legislador estadounidense

Hogan, senador por Montana, el siguiente juicio: "La Standard Oil nos complicó en la mayor parte de las dificultades internacionales; así su intento de coacción sobre el Gobierno Mejicano realizado con el fin de obtener la derogación de la constitución de 1917, constitución votada por el pueblo mejicano dentro de los límites incuestionables de su soberanía nacional; tal conducta representa el acto más audaz y asombroso de nuestra historia."

En el proceso de la Standard Oil se ventilaron hasta acusaciones de soborno y alta traición. Todo eso dentro de una democracia perfeccionada y señalada como ejemplo. Piénsese en su acción perturbadora dentro de las democracias incipientes de Hispano América.

* * *

Acabamos de mencionar la actitud de los capitalistas petroleros yanquis en Méjico, en 1917. Méjico soporta un largo período de anulación de su democracia, correspondiente a la dictadura de Porfirio Díaz. Y a la prolongación del porfirismo en sus últimas épocas no fué ajeno el petróleo. Durante esa administración, —dice Barcia Trelles—, los petroleros yanquis e ingleses reinaban como señores absolutos; aquellos poseían el 70 % de los yacimientos petrolíferos de Méjico, éstos el 27 %". En 1911 cae el porfirismo y comienzan una serie de revoluciones, caóticas al principio, pero coordinadas más tarde en la revolución social que ha colocado a Méjico al frente de todas las democracias americanas. Muchos de esos movimientos son de inspiración o financiación petrolera. Hasta un embajador de Estados Unidos, Lane Wilson, que tuvo directa intervención en muchos hechos, no tuvo inconveniente en declarar públicamente "que los petroleros yanquis habían intervenido en las luchas revolucionarias".

Sin embargo, en este caso, la democracia venció al capitalismo petrolero, en el sentido que el art. 27 de la Constitución de 1917, no derogado a pesar de todas las protestas —si no significó la abolición de su imperialismo— significó ciertamente una reglamentación ajustada de su actividad.

* * *

Durante muchos años, la democracia sufrió eclipse en Venezuela y cabe afirmar sin exageración que el petróleo jugó en ello un rol preponderante. Al dictador Castro, sucede Juan Vicente Gómez, déspota grosero y sanguinario, vergüenza de América, que detenta el poder durante veintisiete años, hasta que lo voltea la muerte a fines de 1935. Aunque en Venezuela el petróleo se explota desde mucho tiempo atrás la época de Castro no es aún la época del petróleo, la de la explotación en gran escala y la de las concesiones a los grandes trusts. Pero la dictadura de Juan Vicente Gómez es la opresión apoyada en el petróleo. La explotación de los petróleos de Venezuela, que el pueblo calificaba de saqueo, sin beneficio para el país, llevó en pocos años a Venezuela a la par de los primeros países productores.

Puede situarse en el año 1907 la época en que comienzan a usufructuar sus concesiones las compañías extranjeras, pero la época de la explotación en gran escala hay que fijarla en 1922, año en que entran en producción pozos de rendimiento extraordinario. Véase pues, como esta era del petróleo coincide exactamente con el gobierno despótico de Gómez.

Dice un autor, Morris Guilbert: "El petróleo ha fecundado tanto la avidez económica del desierto venezolano, que convirtió a Gómez quiérase o no, en una figura mundial. Interviene en todas las concesiones, gobierna el desarrollo de la explotación, reglamenta los impuestos. Lo que es de Venezuela es suyo". Esto explica bien el poder de que dispuso y porque contó con el apoyo de los capitalismos petroleros.

La conexión de la dictadura con el cartel de Trusts era de toda evidencia. En Venezuela, después de obtenidas cuantas concesiones pretendieron, los trusts ya no luchan entre

si y han armonizado sus intereses, estableciendo un cartel de trusts. Ahora bien, Gómez, para obtener y conservar la protección de las omnipotentes compañías, no las gravó con un impuesto en su beneficio, como se hace en todos los países productores y como admiten los mismos capitalistas que se haga. Sólo estaba levemente gravada la producción, pero según cálculos de economistas serios, la liberación de derechos de aduana de que gozaban las compañías sobrepasaba anualmente lo percibido por impuestos.

Se explica pues que la Venezuela del gomezato resultase país ideal para el capitalismo negro; que los trusts prestasen su apoyo más decidido al dictador y tratasen en todas formas de que no se volviera al régimen democrático.

Tan afirmados estaban los intereses del imperialismo petrolero en Venezuela y en tal forma el cartel de trusts había minado, corrompido y vencido a la democracia, que la muerte de Gómez no ha significado el fin de la dictadura de raigambre petrolera. Han transcurrido ya dos años y Venezuela está aún bien lejos de haber retornado a las formas democráticas. El publicista venezolano López Bustamante, director de la revista "América Futura", que se edita en Nueva York, ha denunciado en publicación reciente, de diciembre de 1937, que las concesiones de tierras petrolíferas se siguen efectuando, bajo el actual gobierno de López Contreras, en la misma forma que en la dictadura de Gómez y con la intervención de los mismos elementos de antes. Denuncia López Bustamante, que solo a la Standard Oil, después de la muerte de Gómez, se ha entregado un millón setecientos cincuenta mil acres de ricas tierras petrolíferas. Vemos pues que el petróleo sigue actuando...

* * *

Muy mal parada ha salido la democracia en Colombia de los escándalos ocurridos con las maniobras de los petroleros yanquis para apoderarse de su gran riqueza petrolífera. La riqueza de su subsuelo ha resultado ser enorme.

"De acuerdo con la opinión de más de 50 geólogos, —dice el publicista bolivano Pedro N. López en su obra "Política petrolífera"— se confirma la existencia de aceite mineral, declarando que Colombia es una gran reserva de petróleo". Pero la riqueza petrolífera de los países les va resultando hasta cierto punto fatal, y en Colombia también se ha cumplido la regla. El mismo autor recién citado, agrega: "La riqueza de los yacimientos petrolíferos de Colombia está probada con la incesante explotación de parte de las empresas extranjeras y nacionales, al extremo de que por sí solo, el desarrollo de esta industria es un verdadero problema, que se roza directamente con la soberanía y la existencia misma de esta nación; porque aquellas, respaldadas por sus gobiernos, no dejan legislar y resolver estos asuntos de administración interna, conforme a los principios dominantes en la materia y a los dictados de la ciencia política, que es una para todas las naciones civilizadas".

Como casi todos los países de Hispano-América, Colombia, otorgó a más de cuarenta compañías petroleras inmensas concesiones. La concesión De Mares abarca de 2.000.000 a 3.000.000 de acres. La concesión Barco es de 1.500.000 acres. La revocación de esta última concesión decretada por el Gobierno Colombiano en 1927, y la consiguiente reacción del imperialismo petrolero, dió lugar a que la atención de América se volcara sobre el problema de los petróleos colombianos.

El Gobierno colombiano, dentro de la órbita legal de sus funciones, y basado en que los concesionarios no estaban dentro de las condiciones establecidas en la concesión, decretó su caducidad. Estaba en trámite también el otorgamiento de una nueva concesión a una compañía inglesa, en condiciones ventajosas para el país. Igualmente estaba a punto de promulgarse una legislación sobre petróleo.

La revocación de la concesión Barco señala el comienzo del escándalo. No cabe dentro de los límites de un pequeño trabajo como el presente, la enumeración de todos los hechos ocurridos al desencadenarse la recia ofensiva del im-

perialismo petrolero para vencer —por medio del soborno— la corrupción y el cohecho, a la democracia colombiana, que con su presidente Abadías y su Ministro Montalvo al frente, habían resistido el primer embate del capitalismo negro y de la diplomacia del dollar. El 2 de agosto de 1928, en una sesión memorable, se resuelve confirmar la caducidad ya decretada en 1926.

A todo esto la diplomacia del dollar no estaba ociosa, pues los capitalistas, lejos de acudir a la justicia colombiana, recurren a su gobierno. Se reproduce el caso de Méjico. En setiembre de 1928, Estados Unidos, desconociendo la voluntad soberana de una nación amiga, le dirige oficialmente un "pedido de informes", relacionado con la confirmatoria de caducidad de la concesión Barco. La alarma se extiende por toda América Latina, mirándose ese pedido de informes como una intervención en los asuntos internos de Colombia. El Poder Ejecutivo se mantiene en su posición. El Congreso debate el grave problema. Se realiza una imponente manifestación pública en Bogotá cuyos ecos repercuten en todos los países de habla española. El Senado vota la siguiente declaración: "El Senado, oída la información que acaba de dar la cancillería, refirma el principio de derecho internacional consagrado en la legislación positiva de Colombia, de que las intervenciones diplomáticas sólo se pueden admitir por un país soberano en caso de denegación de la justicia. Del propio modo declara que la actitud del gobierno en el asunto que motiva este debate se halla ajustada a aquel principio."

Ya estaba aprobada la ley de emergencia de hidrocarburos. La Cámara de Diputados estudiaba la caducidad de la concesión De Mare. El ministro Montalvo formulaba un proyecto de ley sobre petróleos en el que se declaraba de propiedad de la nación todos los yacimientos y formaciones del petróleo, incluso los que reviertan al Estado por caducidad, y estatuye en beneficio fiscal la explotación de medios de transporte.

Pero los intereses trabajan y la diplomacia del dollar

no está ociosa. El petróleo "lubrica" muchos resortes y va minando al gobierno democrático. En el Partido Conservador de Colombia se produce un cisma. Factores nebulosos, ahondando ese cisma, debilitan la fracción del gobierno. Resultado de toda esta ofensiva contra la democracia: resulta electo Presidente de Colombia Enrique Olaya Herrera, ministro de Colombia en Wáshington, con ocho años de residencia y personaje de amplia vinculación con el trust petrolero.

Lo que vino después, puede suponerse. La derrota de la democracia significó la resurrección de la concesión Barco y la entrega de la riqueza petrolífera al capitalismo extranjero.

* * *

Ecuador, Perú, también son países productores de petróleo. El segundo en más amplia proporción que el primero, habiendo llegado a ocupar el primer lugar en Sudamérica, antes de producirse en tan vasta escala el saqueo de los petróleos venezolanos y colombianos.

Estos países también han padecido y padecen prolongados eclipses en su democracia. ¿Será necesario repetir que allí también se ha reproducido el fenómeno petrolífero de toda América? ¿Que allí también los trusts han prestado todo su apoyo a los conculcadores de la democracia, que los proyectos de nacionalización de los petróleos han dormido encarpetados y que las concesiones liberales han ido poniendo inmensas extensiones de territorio bajo el dominio del capitalismo extranjero? ¿Será necesario decir que en plena crisis de la democracia, bajo la dictadura de Sánchez Cerro, estuvo a punto de ser un hecho una guerra absurda con Colombia, por el asunto de Leticia, cuyo conflicto, fomentado por los imperialismos y los fabricantes de armas, tenía una evidente raíz petrolera?

* * *

Bolivia es la tragedia del petróleo en América. Bolivia fué llevada a la guerra por el petróleo. Y las guerras se

producen porque la democracia está en crisis o porque no ha existido nunca una verdadera democracia. Con un régimen democrático perfecto no podría haber guerras. Además, una guerra en América significa una larga post-guerra de regímenes no democráticos. Haya salido el país victorioso o derrotado, de todas maneras, los militares siguen mandando. ¿Pruebas? Miremos por el centro del continente. Post-guerra. Bolivia-Paraguay.

De todos los países de Hispanoamérica, posiblemente Bolivia sea el más rico en yacimientos petrolíferos. Pero esta riqueza ha constituído su desgracia, porque atada al yugo del imperialismo capitalista, la ha arrastrado a la catástrofe. Paraguay se vió así injustamente precipitado en la vorágine, pero, al producirse la sorpresa en el resultado de las operaciones de guerra, aparecen también de su lado las apetencias petrolíferas dificultando la liquidación del conflicto.

Las características geográficas, topográficas, sociales y políticas de Bolivia, explican, aunque no justifican, su política de agresión. Esa política, que se fué estructurando, hasta aparecer a los ojos del pueblo ingenuo como una directiva de necesidad vital para el país, fué arteramente dictada por el imperialismo capitalista yanqui, controlador de hecho de todos los resortes de la vida nacional. Y en la última época, hasta desembocar en la guerra, el trust petrolero de la Standard Oil, fué el verdadero amo de Bolivia. La Standard llevó a Bolivia a la guerra y por eso el resplandor de la misma era siniestro: porque ardía el petróleo.

Bolivia. El altiplano, la gran meseta con sus valles, constituye el centro vital del país. Al oeste la cordillera andina cerrando la salida al mar. Del otro lado también montañas y más allá los departamentos orientales y las regiones casi inhabitadas del Gran Chaco y del Chaco Boreal, cuyo título se controvertía con el Paraguay en un litigio dormido.

Bolivia, el país enclavado de América, perdió injustamente en la guerra sus puertos del Pacífico, y en la guerra, también injustamente, pretendió ganar otros puertos, al Este, que las compañías extranjeras estimaban indispensables

para la salida de los productos del sub-suelo. País sin salidas, es al mismo tiempo país sin caminos, en que la rueda fué introducida muy tarde. Existe un animal de carga, la llama, que habitualmente se escurre por los senderos montañeses, caminos de herradura, haciendo un poco innecesaria la construcción de verdaderos caminos, para el tráfico primitivo que realiza. Durante muchos años fué clamor en la política boliviana el pedido de ferrocarriles. Pero la característica topográfica de Bolivia conspira también contra el ferrocarril, haciendo costosísima su construcción. Por otra parte, el mantenimiento financiero de algunos resulta difícil. Por tales razones, el kilometraje total de los ferrocarriles bolivianos no excede de 2.100, pequeño en proporción a las necesidades del país. El primer ramal que se construyó, tendió lógicamente un camino hacia uno de los puertos de la costa, Antofagasta, arrancando desde Oruro, el corazón de la comarca minera. Pudo en esta forma el estaño llegar al mar. Pero esa solución parcial no significaba la unión de las fértiles regiones agrícolas del Este, ni de la zona de Santa Cruz con la meseta central. (Y en los últimos tiempos, precisamente, esas regiones resultaron ser riquísimas en petróleo, producto que busca siempre y en cualquier forma la salida hacia el mar). Vemos pues que la política ferroviaria no logró solucionar sino en pequeña parte, los problemas vitales de Bolivia.

Decimos que las características sociales y políticas, —conjuntamente con las geográficas y topográficas que acabamos de exponer—, explican y demuestran la política de agresión de Bolivia, dictada por el trust petrolero. Bolivia ha sido y es una democracia en teoría, con características raciales que han hecho más agudo que en todos los otros países de Hispanoamérica el problema de su seudo-democracia. "Racialmente, Bolivia es un país indio. La mitad aproximadamente de sus 2.500.000 de habitantes son indios puros; un 25 o 30 % son de raza mixta, constituyendo el tipo boliviano mestizo, llamado "cholo" y unos 375.000 aproximadamente son blancos. En manos de este

grupo se halla centralizado el poder político y la riqueza del país." "La vastedad de su territorio está poco poblada; la inmigración es prácticamente nula; cerca del 85 % de la población es analfabeta y un 50 % es desesperadamente pobre." (Citamos a Margaret Alesander Marsh, en su obra *Nuestros Banqueros en Bolivia*).

En estas condiciones, no había democracia posible. Bolivia sigue siendo un medio semifeudal, dividido en regiones casi totalmente separadas unas de otras, con sus antagonismos y sus caudillos. No puede haber democracia en un medio en que el indio, que constituye la mayoría de la población, continúa siendo siervo y en que el mestizo es tan sólo un instrumento de los dirigentes blancos. "De una plumada, dice Tristán Marof, todos los habitantes del Alto Perú fueron declarados libres, teóricamente, según la Constitución. Pero los indios siguieron siendo siervos. A tal extremo esto es evidente, que hoy día mismo la ciudadanía boliviana se concede a aquel que tiene renta de más de doscientos pesos anuales, que no provenga de servicios prestados en clase de doméstico, sepa leer y escribir." Pero como la mayoría de indios y cholos llega al 85 % de la población y como esa mayoría no sabe leer y escribir, —por falta de escuelas y por imposibilidad material de instruirse—, resulta que la democracia boliviana está regida por un 15 % de los habitantes del país! Un medio semejante, asentado sobre un subsuelo de riqueza fabulosa, era demasiado propicio a la voracidad del capital extranjero, para no resultar víctima de su imperialismo.

Hasta hace diez años, el estaño regulaba la vida económica de Bolivia, país esencialmente minero. Un tercio de la renta nacional y más de la mitad del ingreso total de Aduanas en 1925 procedía del estaño. Potosí pertenece hoy casi ya al reino de la leyenda, pero la riqueza de su sub-suelo, pleno de los minerales que hoy reclama ansiosamente el mundo, significa una viva realidad. Antes de la guerra, en 1927, aún podía Margaret Alexander Marsh comenzar su magnífico y completo estudio sobre la inversión del capital norteamericano en Bolivia, con estas palabras: "El estaño y la raza de bronce son los dos elementos más significados hoy en Bolivia." Pero la sangrienta experiencia de la guerra demostró que fué el petróleo, aun sin dar rendimiento fiscal, el factor que en los últimos años rigió preponderantemente la vida nacional.

El mapa petrolífero de Bolivia señala, dentro de una riqueza de sub-suelo extraordinaria, una primera serie de yacimientos en explotación en las zonas andinas del norte, lindando con el Perú y más al sur, en la provincia de Pacajes. Pero la gran olla petrolífera se extiende por las regiones del Este, comprendiendo una enorme faja vertical desde la frontera argentina hasta Santa Cruz de la Sierra. Esta mancha corre aún más hacia el Este en toda la zona del Gran Chaco y Chaco Boreal. En estas regiones orientales, aisladas en absoluto del resto del país, es donde la Standard Oil obtuvo concesiones por más de cuatro millones y medio de acres. El petróleo surge allí con abundancia, pero no resultaba comercialmente explotable, por darse en una región enclavada, sin vías de acceso interno ni salidas al exterior.

Estamos tocando el centro nuclear del problema. Es la clave que proporciona explicación a la absurda matanza entre dos pueblos hermanos, sin ningún motivo básico de desavenencia ni de odio. Es la tragedia del petróleo.

Para convencerse de ello basta conocer los antecedentes del capitalismo negro y comprobar sobre un mapa del continente las características geográficas y topográficas que hemos asignado a Bolivia. Los Andes, la meseta central, la sierra, el Gran Chaco. Allá a lo lejos más al Este, como un camino hacia el mar, el río Paraguay. Relacionemos todo esto con un viejo litigio sobre límites, adormecido durante años y años y ya resuelto una vez por arbitraje. Ya está todo.

El trust petrolero tenía que hacer que los petróleos del sureste, que se daban en abundancia increíble, resultaran comercialmente explotables. Para esto se necesitaban dos

cosas: grandes capitales, —que el trust tenía—, y encontrar una salida al mar. Los "filántropos" de Rockefeller estudiaron el mapa y decidieron la guerra. Necesitaban un puerto sobre el río Paraguay.

Hoy resulta de un interés extraordinario la referencia a ese problema que se hace en la obra a que ya nos hemos referido varias veces: "Nuestros Banqueros en Bolivia", aparecida antes de la guerra, en 1928. Estudio serio, documentado, completo, realizado por una norteamericana que conoce bien a su gente. Refiriéndose a las dificultades con que lucharon las explotaciones petrolíferas en Bolivia, dice en la página 92: "La única explotación de alguna importancia en la actualidad es, por consiguiente, la de la Standard Oil en la parte meridional de Bolivia. La Standard Oil Company de Bolivia fué organizada en 1923 para tomar a su cargo las concesiones Braden, ésta, con la Standard Oil de Nueva Jersey, de la cual es subsidiaria, comenzó en 1923 la exploración de la poco conocida región petrolífera. Poco tiempo despusé se iniciaron las perforaciones del terreno bajo las mayores dificultades, por tratarse de una región petrolífera solamente atravesada por caminos de herradura, sobre los cuales hay que arrastrar la pesada maquinaria y utensilios desde la estación del ferrocarril de Embarcación, en la Argentina, a donde es conducido todo por barco y por tren desde los Estados Unidos. A veces esos senderos están intransitables, y ha sido necesario construir nuevos caminos o ramales y senderos a gran precio, costando por ejemplo, 250.000 bolivianos un camino estrecho de 11 kilómetros de largo. El capital autorizado de la Standard Oil Company of Bolivia es de 5.500.000 de dólares. El dinero pagado por estas concesiones y empleado en la exploración y perforación representa una inversión para la Standard Oil Company de varios millones en la industria petrolífera boliviana, con 17 pozos abandonados actualmente y a lo más unos cinco solamente que muestran próspero resultado. *Las operaciones de la Standard en Bolivia han sido calificadas como una de las más locas aventuras emprendidas en un terreno petrolífero.* La producción es naturalmente un asunta de porvenir. Han de transcurrir lo menos cinco años antes de que pueda dar rendimiento, *y aun pudiera aplazarse indefinidamente siendo los pozos productivos descubiertos conservados para un abastecimiento futuro. Cuando comience la producción, el gran problema de la salida del petróleo habrá que afrontarlo y resolverlo.* Los Andes crean una dificultad de transporte que hace imposible su salida para la meseta boliviana y el Pacífico. Desde el momento en que es impracticable transportar en pipas el petróleo de Bolivia a través de las montañas, la única alternativa es construir una canalización de cientos de millas de longitud y de un costo de varios millones de dólares, hasta el río Paraguay, donde el petróleo pudiera ser cargado en barcas y conducido al Atlántico."

Vemos pues que antes de la guerra, el negocio de la Standard era calificado de loca aventura petrolífera. Faltaba una lógica explicación financiera. ¿Estaba en ese posible aplazamiento de la explotación para un "abastecimiento futuro"? Es que acaso la crisis del estaño obligó a los dictadores de Bolivia a precipitar la guerra, que tuvo un desarrollo absolutamente imprevisto y en esta forma la máquina mató al inventor? Los financistas de la Standard no se meten nunca en locas aventuras. Todo tenía su clave, y todo estaba perfectamente previsto. Todo, menos la derrota de los ejércitos bolivianos.

Para los capitalistas del petróleo, íntimamente conexionados con los banqueros yanquis, había resultado fácil ante un pueblo de las características sociales y políticas del boliviano, disfrazar la causa de sus intereses materiales como una causa nacional. Para el imperialismo yanqui, Bolivia era un país conquistado, desde diez años antes de la guerra, en que se concertó con sus banqueros el famoso empréstito conocido en las esferas financieras como el "8 S. boliviano de 1947",— que terminó de colocar bajo su control, todas las fuentes de riqueza y de producción del país. De este modo los banqueros venían a ser los directores del

gobierno y de la administración en todos los órdenes. Se gravaron para responder al monstruoso empréstito, las acciones del Banco de la Nación, sus rentas y dividendos, contribuciones mineras, rentas de aduanas de importación y exportación, de monopolios de acohol y tabacos, impuestos sobre hipotecas, rentas bancarias, sobre los ferrocarriles, etc. Pudieron así, fácilmente, manejando a su antojo a los Siles y a los Salamanca de la seudo democracia boliviana, efectuar la preparación necesaria para la guerra y presentar la política guerrera de los gobiernos, como una directiva de necesidad vital. La prensa sobornada o patriotera, la estupidez, la ignorancia y analfabetismo de las gentes hicieron el resto. Tenía razón Tristán Marof cuando decía: "Para la Standard Oil y los banqueros yanquis, Bolivia, mi país, es apenas una tierra de siervos baratos y una reserva de materias primas. No Hay Bolivia, hay colonia."

Vino la guerra y cuarenta mil hombres quedaron tendidos en el Chaco. Su desarrollo fué sorpresivo, fallando los planes de los petroleros yanquis. Al avanzar los ejércitos paraguayos y acercarse a los yacimientos petrolíferos, surge del lado paraguayo el otro trust, que responde al imperialismo inglés, con ambición de conquista. Su apoyo al Paraguay hace más larga la guerra y dificulta las negociaciones de paz.

El problema sigue en pie. La hoguera puede volver a encenderse, puesto que el petróleo del Chaco aún no ha encontrado su salida y los dos trusts mundiales no han de darse por vencidos. En tanto ahora el petróleo trata de actuar sobre las cancillerías, los gobiernos militares, legado antidemocrático de la guerra, se van sucediendo en La Paz y en Asunción. Sigue la democracia en derrota.

* * *

La Argentina ofrece, como nación productora de petróleo, características esenciales que lo confirman también como factor adverso a la democracia. Como característica especial, que no se ha dado en los otros países de América,

encontramos la explotación directa por el Estado de los yacimientos patagónicos. Esto ha determinado un intento de una política fiscal de protección a la actividad petrolera del Estado y un intento continuado durante varios años de nacionalización de los petróleos, mediante proyectos de ley completos y bien estudiados, contra los que han luchado en toda forma —y al parecer con gran eficacia—: las compañías extranjeras. No podía ser de otro modo.

Cabría afirmar sin embargo, que una circunstancia fortuita fué la que determinó la explotación fiscal del petróleo. En 1907 se efectuaban perforaciones para obtener agua en Comodoro Rivadavia, y en lugar de agua surgió petróleo. Resultó aquella una región de ricos yacimientos, que, como es obvio, el Estado comenzó a explotar de inmediato. Por leyes sucesivas se establecieron las llamadas zonas fiscales y zonas de reserva fiscal, pero no se impidió el establecimiento de compañías extranjeras, de las cuales hay varias instaladas en los alrededores de los Y. P. F. (Yacimientos Petrolíferos Fiscales).

Del mismo modo, mediante concesiones de cateo y explotación, llegaron a establecerse múltiples compañías en los campos petrolíferos de Mendoza y en los más importantes de Jujuy y Salta, que geológicamente pueden considerarse como la continuación al sur de la frontera de la gran zona petrolífera de Bolivia oriental. Todas esas concesiones se han regido por las disposiciones del Código de Minería de 1887, fatalmente anticuado y que no podía prever explotación como la del petróleo, de características tan complejas.

Esta circunstancia, los felices resultados de la explotación fiscal que progresaba con amplia firmeza, los abusos y procedimientos equívocos de las compañías extranjeras y el ejemplo de lo ocurrido en Méjico en 1917, convencieron a hombres de gobierno y economistas, de la necesidad de una ley que regulase de manera criteriosa la producción y refinamiento del petróleo, sobre la base de una nacionalización de los productos del sub-suelo.

Entonces es cuando los trusts, —que ven que tienen enfrente un competidor que ya los ha obligado a bajar los precios de la nafta y demás derivados a un límite tal, que constituyen los más bajos precios de toda Sudamérica—, ponen en juego todos sus medios para evitar que el proyecto de nacionalización de los petróleos llegue a convertirse en ley. En esa lucha, que tiene la significación de una lucha contra la democracia, los trusts se atrincheran en el Senado argentino, cuyo obstruccionismo va dilatando durante varios años la sanción de la ley del petróleo. Sin embargo, las denuncias de irregularidades cometidas en las concesiones otorgadas por el Gobierno de Salta a la Standard Oil, que termina por desacatar a la Suprema Corte de la Nación y demanda a la Provincia ante los Tribunales, producen tal efecto en la opinión, que se ve próxima, a pesar de todas las aureas influencias, la sanción de la ley. Entonces las compañías petroleras unen sus esfuerzos y sus influencias con las demás fuerzas de la reacción capitalista y precipitan la crisis de la democracia. Estamos en setiembre de 1930. Cambia de inmediato la política petrolera del país y deja de ser latente para los trusts el peligro de la sanción de la ley de los petróleos.

Se había cumplido, pues, un proceso análogo al ocurrido en los otros países de América. Ya en 1929, en un libro aparecido en Nueva York "We Fight for Oil" (Luchamos por el petróleo), su autor, Ludwell Denny, había dicho: "Las compañías petrolíferas extranjeras en la Argentina aseguraron en el año 1928, que el Senado mataría la ley del petróleo". Y en Salta todo el mundo sabía que el presidente de la Standard Oil había dicho: "que había muchos dólares y que el Senado no dictaría la ley de nacionalización y monopolio". Véase hasta qué punto el petróleo corrompe y desquicia la democracia.

El general Baldrich, que fué de los hombres dirigentes de los Y. P. F., decía en una conferencia pronunciada en junio de 1930 y cuyo texto está publicado en la Revista de Ciencias Económicas (Nº 108, de julio de 1930), comentando las afirmaciones anteriores: "La afirmación transcripta pone en tela de juicio la moral del Senado y proyecta una densa sombra sobre el honor del país. Muy tranquilos quedaron los graves señores y lo único que se les ocurrió fué amenazar con la aplicación del Código Penal a los patriotas que tuvieron la virtud de denunciar este peligro." Y más adelante: "Con una demora intencionada, simulando estudiar el problema al recoger informaciones de aventureros y fracasados que los Yacimientos Petrolíferos Fiscales expulsaron de su seno, y como tratando de arrojar sombras sobre la capacidad y los procedimientos de la Dirección Fiscal, con los juicios de despechados gerentes petroleros, el tiempo pasa y se acrecientan los intereses, aumentan los intereses y se intensifican los trabajos de esas empresas. Cuando la ley haya surgido con atraso, correremos el peligro de que nos digan los de Wáshington como le dijeron a Méjico, que ella no puede ser aplicada a los ciudadanos norteamericanos, o nos ocurrirá lo que a Colombia."

En junio de 1930, el general Baldrich aún esperaba que la ley saliera, aunque con atraso. El 6 de setiembre los capitalismos extranjeros dieron un puntillazo a la democracia y desde entonces el atraso se ha hecho ya definitivo. Han pasado siete años y ya ni se habla de nacionalización ni monopolios de los petróleos. Es el triunfo del "oro negro" sobre la democracia.

En el trabajo aludido se califican en esta forma los manejos de la Standard Oil: "Ningún argentino tiene ya derecho a poner en duda el carácter perturbador e indeseable de la Standard Oil. Las transgresiones de las leyes, cometidas por ese trust en Salta, están resultando ya inmemorables. Hasta a la Suprema Corte de la Nación se ha permitido desacatar, prosiguiendo contra un fallo de ese alto Tribunal la explotación del petróleo en una zona litigiosa, mientras el gobierno de la Nación cumplía lo ordenado." Esto se decía en 1930, la víspera de la dictadura, pero muchos años antes, ya las personas bien inspiradas habían denunciado las maniobras de los petroleros. En 1913, cuando

se estaba recién en los comienzos de la explotación petrolífera, el Ingeniero Luis A. Huergo, en una publicación destinada al Congreso, se quejaba de la tardanza en la sanción de una ley orgánica de petróleos, y decía: "Los poderes públicos con una lentitud increíble y una mezquindad inconcebible han tardado seis años en poner en claro y en hacer conocer al pueblo, las inmensas riquezas que representan los grandes yacimientos de petróleo de Comodoro Rivadavia. Entre tanto, han llegado los hulanos de descubierta, los "syndicating operators" que han acaparado la tierra de promisión (más de 80.000 hectáreas en un solo sindicato), que han reclutado una falange de prosélitos, pocos de ellos conscientes y la inmensa mayoría inconscientes, haciendo accionistas a ministros, legisladores, abogados, jefes de divisiones y secciones administrativas, miembros de redacción de periódicos, directores de imprentas del Estado, jefes de la Armada y del Ejército, ministros de la religión, etc." (Citado por el Dr. Eduardo A. Ramos en su obra "El petróleo en la República Argentina", pág. 234).

Vemos pues que desde los comienzos, como una fuerza frenadora de la industria petrolífera estatal, han actuado esos factores adversos. Pese a su acción, la Y. P. F. ha llegado a ser lo que es. Piénsese en lo que hubiera significado para la Argentina esa misma explotación, sin que actuaran esos factores disociantes y desarrollándose desde un principio al amparo de una legislación adecuada, explotando la misma Nación su propia riqueza.

El régimen democrático caído en setiembre de 1930, había incurrido indudablemente en muchos errores y estaba viciado en muchos de sus aspectos. Pero tuvo especial acierto en la orientación que impuso a su política internacional y a su política petrolera. Dos de los aspectos más fundamentales de la Nación. "Trece provincias argentinas acaban de elegir al nuevo Presidente de la Nación, —decía en 1928, en una conferencia, el Dr. Jorge León Tedín,— y al hacerlo han votado con el partido de que es jefe y en cuya enseña se halla inscripta la nacionalización y el monopolio

del petróleo argentino como parte fundamental de su programa. No hay exageración, pues, cuando se afirma que el triunfo del radicalismo argentino significa la salvación del petróleo nacional." (Revista de Ciencias Económicas. Buenos Aires, setiembre 1928).

Pero no vaya a creerse que sólo el radicalismo propugnaba por la sanción de la ley de los petróleos, pues puede demostrarse que era un anhelo nacional, contra el que luchaba la confabulación de los capitalismos extranjeros. Hasta el año 1928 habían sido presentados al Parlamento, quince proyectos sobre el asunto, según mención especial que de ellos hace el Dr. Eduardo A. Ramos en su obra ya citada, aparecida en ese año. Desde el primitivo proyecto del P. E. de 1913 hasta los dos de la Comisión de Industria y Comercio de 1925 y 1926. El P. E. presentó otros en 1916 y 1917. La representación socialista el suyo en agosto de 1914 y figuran otros de los diputados Escobar, Demarchi, Melo, Rodolfo Moreno, F. N. Uriburu, De Tomaso.

Como se ve hay proyectos provenientes de todos los sectores, de la derecha y de la izquierda. Unos son más avanzados llegando hasta la nacionalización y el monopolio. Otros tan sólo decretan la nacionalización y aun otros la restringen a los yacimientos que ya tiene el Estado en explotación. Pero lo que constituye una característica común a todos, es que todos atribuyen al Estado los hidro-carburos que existen en el sub-suelo argentino, como su propiedad privada. Coinciden en esto los proyectos de origen parlamentario con los de tres Presidentes distintos y con los de la Comisión de Industrias y Comercio de la Cámara de Diputados.

Demostración evidente de que la nacionalización de los petróleos era una aspiración de todos. El general Mosconi, técnico de gran prestigio y Director General de los Y. P. F. en 1926, decía en un informe in voce ante la Comisión de la Cámara: "Debe dictarse cuanto antes la ley declarando que el petróleo es dominio de la Nación. Debemos salir de la situación en que nos encontramos en cualquier forma y

con toda rapidez, aun por medio de una ley de emergencia, que más adelante sería perfeccionada. La situación en el norte se torna más grave de más en más".

* * *

Consideramos que es incurrir en exageración afirmar, como se ha hecho amenudo, que el golpe del 6 de setiembre fué un pronunciamiento de las compañías petroleras. Creemos que ese movimiento, muy complejo en sus causas, apesar de su origen militar y de su arrastre de masa del pueblo, se significó como un espasmo reaccionario de los intereses capitalistas, en primer término del capitalismo extranjero, que esperaba, —con muy fundadas razones,— obtener amplias ventajas al cese del régimen democrático y de la instalación de un gobierno de fuerza.

Pero lo que no es exagerado en absoluto, es afirmar que el capitalismo petrolero figuró en primer término, entre las fuerzas propiciadoras del golpe contra la democracia. Los antecedentes sobre la proyectada nacionalización de los petróleos, que hemos expuesto, su encarpetamiento absoluto desde 1930, y el tratamiento increíblemente favorable que se ha otorgado a los trusts extranjeros bajo la dictadura de Uriburu y la de su sucesor, constituyen una prueba sin levante.

La democracia argentina fué vencida. Su crisis aún perdura. En tanto, el capitalismo petrolero, en su campo más propicio, arraiga y domina. Las fuerzas democráticas, para volver a la normalidad, deberán luchar contra esos intereses y vencerlos.

* * *

Chile, Brasil, países de amplias posibilidades petrolíferas, no tienen una efectiva realidad de producción. Sin embargo, no es por eso que las compañías extranjeras del petróleo dejaron de efectuar en ellos sus habituales manejos contra la democracia.

Hasta la subida de Vargas al poder, Brasil respondía ampliamente a los intereses del capitalismo norteamericano.

La Standard Oil era por tanto una potencia influyente en todos los órdenes de la vida del Estado, y es de toda evidencia que su influencia se hizo sentir, apoyando el movimiento de Vargas contra las instituciones democráticas. Con posterioridad a ese hecho, la política del dictador brasileño se ha ido inclinando hacia los fascismos europeos, siempre ávidos de materias primas, lo que parece haber producido un desplazamiento de la influencia yanqui hacia un segundo plano.

Estos hechos tienen evidente gravedad y acusan muy inciertas perspectivas para el futuro. Ha hecho su debut en América un nuevo imperialismo, el fascista, de gran apetencia petrolífera. Con la democracia en crisis encuentra propicio el campo.

* * *

En esta suscinta relación que hemos efectuado, de los manejos en contra de la democracia, del capitalismo del petróleo, en los distintos países de Latino América, llegamos al Uruguay. ¿Qué intervención cupo a las compañías petroleras en el golpe de marzo de 1933, asestado a la democracia uruguaya?

Para apreciar en sus verdaderos términos esa intervención, creemos imprescindible destacar varias circunstancias:

a) El Uruguay no es un país petrolero. De todos los países de Sudamérica es quizá el único en que no se ha señalado aún de manera concreta la existencia de yacimientos petrolíferos. Los distintos estudios y perforaciones que hasta ahora se han hecho, por particulares y técnicos del Estado, han dado resultado negativo. Desde este punto de vista, y por ahora, vendría a ser el Uruguay uno de los países americanos menos interesantes para las empresas petroleras.

b) Como mercado, el Uruguay, por su pequeñez como país, no es tampoco de los mercados por cuya conquista podrían interesarse afanosamente las compañías. En ci-

fras de consumo, computadas en el mercado mundial, el Uruguay ocupa un lugar de último orden. Apesar de que en proporción a su territorio es uno de los países que en la estadística general consume más petróleo, siendo también proporcionalmente y después de E. E. U. U. el país de América que tiene más automóviles. Pero lo evidente es que para los señores del petróleo, el Uruguay es un pequeño mercado.

c) El Uruguay era, de las incipientes democracias de América, la que había llegado a un grado más alto de realización.

Hemos sostenido anteriormente que la penetración imperialista estaba en razón inversa del grado de madurez de las democracias, de manera que el Uruguay, sin indicios de petróleo en su subsuelo, siendo un pequeño mercado que no pesaba de ningún modo en las cifras del consumo mundial, y defendido por una organización democrática ya en vías de convertirse en una democracia de verdad, parecía encontrarse al abrigo de las acechanzas del capitalismo negro. Sin embargo, la realidad demostró que no hay mercado pequeño para el petróleo, que la carencia de un subsuelo rico puede ser suplida por una ventajosa posición estratégica comercial para el refinamiento y distribución.

Precisamente el grado de adelanto de la democracia uruguaya llevó a sus hombres de gobierno a una política de estatización de ciertas industrias, creando un dominio industrial del Estado, que empezaba a ajustarse con pleno éxito en algunas de sus manifestaciones. Esto había de traer, como es obvio, la protesta amenudo airada de los capitalismos extranjeros, que al no ser reverenciados como siempre había ocurrido en la ingenua América, se decían perseguidos y expulsados.

El movimiento reaccionario que determinó la crisis de la democracia uruguaya en 1933, responde aproximadamente en sus características de orden económico, a las mismas que hemos señalado en la crisis argentina de 1930. Difiere en cambio, y a fondo, en otros aspectos de orden político o social, principalmente en que no se reacciona, como en la

Argentina, contra un gobierno viciado en muchas de sus bases, sino contra un régimen político-social, aún lejos de toda perfección, pero en continua evolución de ajustamiento.

Esa política de creación de un dominio industrial para el Estado, iniciada años atrás, llevó en octubre de 1931 a la creación de la Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Portland.

El rubro correspondiente a la importación de combustibles era enorme. Los precios de los mismos se establecían de acuerdo con las conveniencias de los trusts. La ley de 1931 declara de utilidad pública el derecho exclusivo a favor del Estado "a la importación y refinación del petróleo crudo y sus derivados". En adelante, el Estado ejerciendo ese monopolio, obligaría a las empresas a vender a razonable precio sus productos o a cesar en una competencia imposible contra el Estado, en ambos casos con beneficio del país. Se hubiera llegado así al monopolio total de la importación de petróleos crudos, que sería a su vez refinado por la misma Administración.

Las compañías petroleras no podían conformarse con la creación del ente autónomo, que iba a hacer sus futuras negociaciones comercialmente imposibles, aún en el caso de no llevarse a efecto de inmediato la monopolización. Se inicia entonces la propaganda contra la A. N. C. A. P., evidentemente inspirada, fomentada, "lubrificada", por las compañías petroleras. Algunos de los políticos dirigentes del movimiento eran —fenómeno netamente americano— abogados de las compañías.

En la campaña preparatoria del golpe de marzo, que realizaron los grupos reaccionarios, la guerra a la A. N. C. A. P. fué uno de los temas predominantes. Recordemos los grandes títulos de la prensa, las frases de los discursos. Se calificaba a la A. N. C. A. P. de institución oprobiosa. Puede decirse sin exageración que el movimiento de opinión que precedió al golpe de fuerza contra el régimen legal, se efectuó al grito de "Abajo la A. N. C. A. P."

Este era un grito esencialmente petrolero, consigna venida desde la dirección de los trusts, que se veían desplazados a breve término por la nueva actividad industrial del Estado. Nunca un grito salido del pueblo, que había podido apreciar en el breve tiempo de existencia del ente autónomo una auspiciosa baja en los precios de los productos derivados del petróleo, indispensables a su actividad industrial, familiar, obrera.

Ese grito, lanzado por las compañías petroleras, resultaba lógico y natural, pero ese grito en boca de los políticos, era de una falsía y una deslealtad sin ejemplo. Porque la intervención del Estado, monopolizando la importación de petróleos, o por lo menos regulando los precios con su competencia a las compañías extranjeras, era no sólo inobjetable, sino, un anhelo del pueblo consumidor, que se sabía víctima de los trusts. Y en segundo término, porque el nuevo organismo, desde el momento mismo de su creación, —fuese porque se aprovechó de las experiencias anteriores en el dominio industrial del Estado, fuese porque intervinieron en su dirección hombres de gran capacidad y puros propósitos— aparecía como un modelo en su género, y había logrado entrar en segura marcha sin pasar por el período siempre lógico de los tanteos iniciales.

Tan es esto cierto, que al día siguiente del golpe de fuerza, no se oyó más el grito de "Abajo la A. N. C. A. P.", si bien empezó ya enseguida el desvirtuamiento de los fines de su creación, con un inmediato connubio traducido en suba de precios. Y enseguida configurando una grosera contradicción, la propaganda de los nuevos directores del ente, no tuvo dificultad en afirmar a todos los vientos que "la A. N. C. A. P. defiende al país".

Pasan los meses, y aunque no podemos saber lo que ocurre en lo subterráneo, la marcha externa del ente se caracteriza por lo anodino de su misión reguladora de los precios y por la denuncia de grandes escándalos en su administración. El organismo modelo, ajustado, que nació casi perfecto, aparece ante los ojos decepcionados del pueblo, desquiciado en sus fines y en su constitución. Los primitivos contratos de aprovisionamiento de petróleos soviéticos, —que ofrecen la interesante característica de no ser trustificados— no se repiten. Tampoco el contrato de aprovisionamiento de "fuel oil" que el Estado uruguayo efectuó con los Y. P. F. Argentinos. En adelante, la A. N. C. A. P. se aprovisionará en compañías trustificadas.

* * *

Han transcurrido ya casi cinco años del golpe de fuerza. Observemos la realidad actual. Su exterioridad, ya que no podemos ver lo que ocurre subterráneamente. La realidad actual es decepcionante. Todos los síntomas llevan a pensar que el capitalismo de los trusts ha derrotado a la A. N. C. A. P.

Afirmemos serenamente pero con decisión que no se ha cumplido ninguno de los fines para los que el organismo fué creado. Por la ley del año 31 el Uruguay, en previsión de posibles descubrimientos, decretó la nacionalización de los petróleos que pudieran existir en el sub-suelo (Art. 10). Y para librar al país de los trusts, se dió a la A. N. C. A. P. el monopolio de la importación y refinamiento.

¿Qué vemos hoy? Venimos de asistir a un hecho inaudito: se acaba de construir e instalar la refinería nacional y cuando todos esperábamos que entrara en funcionamiento para refinar los petróleos crudos y producir con ello una interesante rebaja en los precios de los productos derivados, vemos con asombro que la A. N. C. A. P. realiza un convenio en virtud del cual las compañías importadoras extranjeras realizarán también la destilación en su Refinería!

De modo pues que hoy, a los cinco años del golpe de fuerza, y a los seis de la creación de la Administración Nacional de Petróleos, no se ha hecho efectivo el monopolio de la importación por el Estado; no se han obtenido rebajas en los precios de expedición de los productos de consumo; se ha levantado una costosísima instalación de Refinería pa-

ra que plácidamente, sin incomodarse y en común, puedan refinar sus petróleos el Estado y las compañías trustificadas.

¿Qué significación tiene todo esto? Una sola. El dominio industrial del Estado en el ramo del petróleo, está prácticamente vencido por las compañías extranjeras.

Piénsese ahora, a la luz de los antecedentes expuestos y de la observación de la lamentable realidad actual, en la importancia del rol que jugó el petróleo en la crisis de la democracia uruguaya.

* * *

Hemos efectuado una revisión suscinta y sumaria, de los manejos del imperialismo petrolero contra la democracia de América. Dictaduras, sobornos, escándalos, guerras. La democracia derrotada. El caso del Uruguay es de los menos graves. Pero el conocimiento de esos procedimientos en el resto de América, tienen que ser tenidos en cuenta como antecedentes de grandísima importancia. Para el estudio de lo ya ocurrido y para la previsión de lo que aún podrá ocurrir.

G. García Moyano

CON VARIA INTENCION

¿Qué cosa es posible sin fuerza? No lo es la misma santidad. Los hombres que de ella hicieron ejercicio verdadero y perfecto hubieron menester de fuerza. De otro modo es imposible que llegasen a santos. Esa es la ley, la composición odiosa del mundo, y de conformidad con ella, cuántas cosas estúpidas y abominables tuvieron existencia, y cuántas otras delicadas, ciertas, sublimes, quedáronse en los limbos de lo que no fué nunca, relegadas a los misterios que guardan todo lo esperado y prometido, aquello cuyo cumplimiento aplaza Dios, proyectándolo acaso hacia un mañana remotísimo, y no vieron jamás la luz del mundo! Sí, de las cosas naturalmente nunca aparecidas, pero quizá sobrenaturalmente vivientes, invisiblemente propuestas de toda eternidad a la vida, es, para nuestro sentimiento humano, mucho más lamentable el destino que el de las que aquí ante nuestros ojos suceden y se cumplen conforme a la necesidad y ordenación del mundo.

*
* *

Hay un equívoco inexorable, un formidable mal entendido del que con gravísima probabilidad no saldremos nunca: y es ese que viene a caer dentro del pérfido sortilegio del mundo, a dar en lo central de los hechos y de las cosas mismas, el de esa quimera que nuestra esperanza no se decepciona jamás de verse una vez deshecha: la del hombre continuo, permanente, unísono, impávido, que no puede, no quiere ni sabe ser más que eso que es él mismo, sin fuero, sin poder ni paciencia para ser otro distinto de quien es.

*
* *

Schopenhauer es extraordinario por la magnificencia de su acritud, por el esplendor de su contumelia. Tan videncialmente acrimonioso como él quizá no hubo otro. Injurió como nadie lo ha hecho; acentuó su temible conocimiento de la vida del hombre, y supo de la misteriosa iniquidad del universo en cierta manera entrañada, cautelosa, penetrante, pormenorizando acerca de esto con tal sagacidad que es casi imposible que semejante cosa pueda repetirse. ¿Y qué pensar de la significación que tiene en este hombre su delectación animalesca, ese ir suyo a enternecerse, a conmoverse frente a las jaulas de los grandes monos? ¿Y de sus exactas figuras de humanidad —trazos indelebles de palabra— como, por ejemplo, aquella donde dice que el hombre es tan egoísta que sería capaz de matar a su prójimo sólo para engrasarse las botas con la grasa del muerto? agregando en seguida que eso es sólo una hipérbole, y sobreagregando más en seguida todavía que queda por averiguar si lo será, es decir, si, como hecho, alguna vez no ha acontecido.

* * *

Sin estar grandemente enfermo, y mucho más que enfermo, de alguna manera ya muerto, ciertas cosas jamás serán halladas. Y no vaya a creerse que se trata de cosas extravagantes e insensatas, o indiferentes y de poco momento, sino de algunas de las más principales, de las que figuran entre las que en primero y último término han de ser halladas y dichas.

* * *

Dondequiera que estén o se las coloque, las gentes están contentas y bien halladas. Si serán consistentemente estúpidas y de salud cabal! cuando, de no tener esta feliz composición, serían precisos sitios poco menos que sobrenaturales para estar algo bien hallado y alegre en alguna parte.

* * *

Los que han observado mal y deformado los hechos en el sentido de sus prejuicios o ilusiones, esperan de quien se muestra escéptico con respecto a lo que los ha persuadido, que les demuestre la invalidez de los hechos que se figuran ellos haber observado. Como si no fuese ese precisamente el camino natural de la creencia, sus vías ordinarias, su manera de constituirse: según los hechos, conforme a la realidad mal observada, mal interpretada, mal juzgada. Como si alguien pretendiese que la ilusión que les hace creer debiera descender de no se sabe dónde, constituída ya de todas sus partes y ponérseles delante de los ojos para que creyesen. No percibiendo la absurdidad que supone aceptar en principio determinado hecho, ¿cómo no habrían de confundirse e ilusionarse después?

* * *

De nada vale con muchísimos individuos la predicación de ninguna clase de evangelio. Siendo, como son invenciblemente paganos por naturaleza, los motivos mismos de toda evangelización para ellos no existen.

* * *

Como en cualquier momento y en todas partes encuentran jueces parecidos a ellos, no es frecuente que los hombres ordinarios padezcan injusticia. Pero en la proporción que un hombre excede espiritualmente la medida común, es ignorado; y es ahí que comienza la injusticia irreparable, aquella que se comete no por la inteligencia o la ignorancia de la naturaleza de las obras, de la realidad del *operari* sino de la del *essere*.

* * *

Es orden en el uso de las facultades del espíritu, la ponderación del juicio, el pensamiento bien vigilado siempre serán una noble cosa; por lo pronto, algo imitable difícil-

mente por quienes están faltos de categoría espiritual. Lo que se manifiesta como inspiración desordenada, aunque sea genial y extraordinario está en cambio expuesto a toda suerte de remedos. Es en gran parte debido a que autores estimables desdeñasen expresamente esas disciplinas o no quisiesen sujetarse a ellas, que abundan ahora tantos espíritus insignificantes dados a decir extravagancias. Al amparo de esa tradición perpetuada por algunos grandes nombres, propenden, también ellos, a que en el mero intrincamiento de sus palabras y su insustancial oscuridad se descubran sentidos misteriosos y extraños, esperando a su vez que se haga la justicia de una exégesis, a las puras absurdidades que van atando por los cabos.

* * *

Aún el error y la ilusión de los grandes hombres valen a veces más que la razón y la verdad de los pequeños. El juicio de un abogado o boticario puede suceder que sea lo bastante penetrante para percibir aquellos errores o ilusiones que han contribuído a formar la noble exaltación de un alma como la de Víctor Hugo o de Carlyle; pero cualquiera de esos errores o ilusiones tiene mucha mayor significación y ha sido más fecundo en consecuencias que todas las indigentes verdades de sentido común de que está hecha un alma de abogado o de boticario.

Julio Casaravilla.

LOS UNILATERALES

LA ACTUAL DESORIENTACION SOCIAL Y SU CAUSA PROBABLE

Frente a la desorientación de la sociedad actual los hombres de todas las condiciones sociales se esfuerzan por hallar la causa de ese angustiante problema.

Cada pensador cree haber dado con el "quid" de la cuestión; pero muy pocos proponen el remedio: sus elucubraciones, aunque ingeniosas y a veces profundas, nos dejan una impresión árida, porque les falta el apasionamiento, que es lo que arrastra e incita a la acción. Al exponer también nosotros, la causa probable del profundo malestar sociológico actual, sólo creemos mostrar un mérito: un aliento de pasión y de encono, a veces; pasión y encono recogidos en los sinsabores de la lucha y de los choques de cada día frente a las almas y a las mentalidades chicas y estrechas.

Siempre hemos sido enemigos, por temperamento, de las deducciones frías, serenas, que llenan a la inteligencia de convencimiento, pero dejan frío el corazón, es decir, la sensibilidad y, con ello, la acción, que es precisamente lo que desearíamos estimular aquí.

En este sentido creemos que los mejores pensamientos, los más fecundos, tienen sus raíces en toda la sangre y en todo el temperamento del ser humano así como los frutos y las flores más bellas han nacido de las tierras más oscuras y más cálidas; sin que esto signifique que deba rechazarse siempre toda manifestación serena o abstracta del pensar.

La vida moderna podría caracterizarse en grado superlativo —y a nuestro juicio, evidente— por su diversidad de acción, cuya traducción es la complejidad infinita de las industrias, de las artes y del pensamiento en general.

Y así como un rayo de luz, al parecer homogéneo, quiébrase cuando pasa al través de un prisma en un haz de colores, así también, pero en una escala infinitamente más grande, la acción humana, al chocar con la realidad, quiébrase en un haz complejísimo de actividades y de especializaciones que arrastran a los hombres en direcciones divergentes irreductibles.

Y esto trae dos consecuencias funestas: por un lado, aparta la acción del individuo de la acción común, y por otro lado, la debilita; del mismo modo que el rayo coloreado ya no tiene la misma energía que la del rayo que le dió nacimiento.

Aplicada esta metáfora a la realidad activa, parecería paradojal que una especialización signifique un debilitamiento o una mengua; porque precisamente la vida moderna muéstrase lo que es de trepidante y creadora gracias a esa especialización, y no podría ser de otra manera si ese gigantesco prisma no hubiera dispersado los haces de la acción humana.

Sí, es muy cierto; a ello se debe indiscutiblemente toda la enorme riqueza de la industria y del arte y ello puede medirse; pero ¿quién puede medir, sino la intuición, el enorme debilitamiento que ello ha traído en la reserva del calor de humanidad, en ese sentimiento tan noble que llamamos amor o el que los soñadores de las revoluciones sociales llaman "fraternidad"?

* * *

Los médicos tenemos ocasión de observar a cada instante el efecto debilitante y deformante de la especialización cuando el médico no ha sabido mantener su mente bañada en plena luz.

Hay especialistas que nos han dejado siempre la impresión lamentable de una "maquinita" de hacer tal o cual función; creemos que al enfermo le ha de hacer exactamente la misma impresión.

Cuando esta especialización llega a ser absorbente se produce otro hecho más grave aún: el sujeto queda automáticamente excluído de la humanidad global, de ese sentimiento capaz de engendrar amor o simpatía: es un peligroso meteoro que escapa de la órbita humana.

Si el rayo de luz refractado pudiera ver, lo vería todo del color que le ha impreso el prisma; esos especialistas hacen otro tanto: sólo ven lo que ellos hacen y creen que allí está el centro del mundo.

De este sentimiento egocéntrico nace a menudo el odio o el desprecio por las actividades vecinas: en esto estriba su peligro.

Es así que el cirujano desprecia a los internistas y cree que la humanidad descansa entera en el filo del bisturí; que, dentro de la Cirugía, el que opera cráneos cree que sólo su actividad es fecunda y lo demás charlatanería; etc.

Remontándonos a una esfera más alta, el político, absorbido por su actividad, entregado a ella, no cree en la eficacia de otra cosa y desprecia u odia a lo que no es política, y un poco más allá esa estrechez de miras crea al ser más peligroso de todos: al "totalitario", a quien debiera llamarse, con más lógica, el "unitario", porque sólo se ve a sí mismo como en un espejo —y hasta llegamos a creer que esos personajes deben pasarse el día posando ante el espejo. Aquí el peligro se hace terrible, como lo demuestra toda la historia y la triste realidad presente.

Más se diversifica la acción de los hombres, más se sienten extraños los unos a los otros, menos se aman: del mismo modo que las células del organismo, cuanto más se especializan, más pierden la capacidad de volver a indiferenciarse en la única célula capaz de seguir creciendo y reproduciéndose; y uno de los aspectos más admirables que la Biología general nos muestra en los seres organizados es

la persistencia de ese depósito inmortal de células indiferenciadas y que, como las antorchas con que los antiguos mantenían el fuego eterno en sus templos, mantiene la vida al través de la muerte y con ella, el genio de la especie.

La acción social, si no vuelve a bañarse en esa fuente común e inagotable que es el sentido de lo humano, terminará por agotarse en una lucha estéril y sin proyecciones.

Esta es la triste faz a que hemos llegado a fuerza de especializaciones que no contrarrestamos con un interés humano general y perenne.

La juventud pierde su solidaridad y su prístina generosidad en cuanto se siente aislada en su propósito profesional, comercial o técnico. Esto último, sobre todo, ha llevado al máximo la deformación del individuo.

¿No habéis observado lo chocante y lo deforme que son generalmente los llamados "técnicos"?

Ya Keiserling en su genial atisbo sobre la vida de Norte América, predice el peligro de que el yanqui, a fuerza de especialización se vuelva algo así como una hormiga humana; y hace pocos días leíamos, de Cardona Peña, este admirable párrafo: "Nuestro pobre siglo XX, con el ruido cacofónico de su motor y de su hélice, ha perdido el eco de las voces eternas".

A fuerza de especialización exclusiva, vamos perdiendo el sentido de la humanidad: por eso terminamos por devorarnos unos a los otros, al sentirnos tan extraños entre nosotros.

* * *

El hombre ultracivilizado se ha vuelto el más feroz de los seres, el peor enemigo de la Humanidad.

Las mentalidades, poderosas como afilados puñales para hender la materia y crear industria y objetividad, se han vuelto frías y exclusivas: el izquierdista sólo ve su ideal y quiere apuñalear al contrario; el derechista hace otro tanto; y todo termina en un chocar de armas.

El racista sólo ve perfección en su raza y miseria y vicio en las otras: de allí absurdas persecuciones y guerras.

Y así en todos los órdenes de la actividad humana se observa el sello de esa amputación de la personalidad integral, el único receptáculo donde puede encerrarse un gran ideal; y las gravísimas consecuencias de esa *laminación* de la mente del hombre, empiezan recién ahora a palparse dolorosamente; pero hace muchos años que diversos pensadores dieron la voz de alarma; basta recordar entre nosotros a Vaz Ferreira y a Rodó; el primero, luchando denodadamente por prolongar la cultura general en los estudios preparatorios; el segundo, proclamando las virtudes de la "profesión de hombres" como ideal que debe perseguir la juventud.

Nosotros hemos querido hoy, simplemente, echando una ojeada sobre el confuso panorama social de la civilización actual, hacer recalcar la probable causa de esa enigmática condición que parecería sacudir al mundo como en una convulsión de sangrienta agonía, sin negar la complejidad del problema y la multiplicidad de otras causas evidentes u ocultas, y proponer el remedio que se deduce claramente de la causa, a saber: intensificar el cultivo integral de todas las facultades del hombre con tanta más intensidad cuanto mayor sea la especialización a que se ha sometido el individuo; especialización que, a manera de esas hipertrofias que observa el biológo, termina por romper e intoxicar el equilibrio de las funciones vitales y lleva a la muerte. Y no limitar este cultivo a la época de la juventud, sino a todas las edades del hombre ya que se trata de algo tan esencial como la vida misma.

Atilio E. Gaggero

ESTUDIOS SOBRE AUTORES RIOPLATENSES

CARLOS BENVENUTO

Discurso pronunciado en el Salón de Actos del Ateneo de Montevideo, en ocasión del homenaje al profesor Carlos Benvenuto el día 9 de julio de 1938.

No creo que el criterio de las generaciones —tomadas como hiatos del acontecer— pueda servirnos de guía en la apreciación para un juicio personal. Desde luego por lo que facilita la tendencia a un encasillamiento, sin logrado propósito definidor, y por lo que tiene de precisión, fatalmente falsa, en sus atribuciones generalizadoras.

Aquel criterio puede prestarnos —en sus límites racionales— un servicio para determinar, vagamente, ciertos procesos de la historicidad, tomados en su devenir inmediato. De ningún modo ofrece garantías para decidir, acabadamente, de las realidades individuales, las que, en muchos casos, recién exponen su grado actuante en la posteridad —posteridad extranjera, tal vez, al tipo esencial que particularizó la generación de que proviene. Pero lo cierto es que, en nuestro particular modo de pensar —y sentir— al hombre y las cosas, estamos —aún dentro de estas limitaciones— autorizados para referirnos, concretamente, a la generación de Vaz Ferreira, que está dando —con la ejemplaridad de una obra radical— el fruto invalorable de su lógica cosecha, en mi generación.

De la madura estirpe del honrado pensar del Maestro de "Moral para Intelectuales", es Carlos Benvenuto, símbolo

muy legítimo de orgullo de lo que llamaríamos "segunda generación de pensadores de nuestro siglo, en el país".

* * *

Sinceramente, debo comenzar diciendo mis atribulaciones cuando he sido solicitado para hablar de la personalidad de Carlos Benvenuto —a quien estimo y admiro— pero de cuya obra —ya vasta— es preciso realizar un juicio, al que mi afección —y el hecho preciso de lo estrecho, y muy unido, de mi generación intelectual, va a estarle quitando valor objetivo y a la que —por otra parte— mis personales dotes no siempre alcanzarán aquilatar en toda su vibrante latitud.

Conocí a Carlos Benvenuto bajo el signo espiritual de Ariel. El "Centro de Estudiantes Ariel" —en aquel tiempo— representaba, sin duda, el único serio refugio espiritual, de inquietud de pensar y de seriedad concienzuda, para la juventud —tan terriblemente distraída por los egoísmos, el aturdimiento y la liviana frivolidad de la postguerra— y en él concretáronse, en misión todavía no bien dignificada, algunos "espíritus nuevos" que me empiezan a parecer —por labor ya emprendida— de los más fecundamente dotados de mi generación para el ejercicio del bien.

Allí estuvo, naturalmente, Carlos Benvenuto. Juventud ardorosa; inquieta mentalidad avizora y pertinazmente ceñida al estudio; conciencia atisbadora de hombre aún en plena juventud; salud moral de las más puras. En la época del "Centro Ariel", Benvenuto ostentaba, con cierto orgullo, esta adolescente corona de méritos, que nadie le negaba y que él sabía sobrellevar, con esa franca jovialidad contenida y una severa actitud ante la vida, que conserva y cultiva. Este rigor, esta activa insistencia del juicio, este asombro permanente ante todo el misterio del mundo, daban a su pensar —con todo lo que tenía de ardoroso y combativo y de expresividad cálida en el vocablo de contenido inesperado— una prestancia altiva, de calidad superior, casi única, ejerciéndose —singularmente— en el medio universitario e intelectual de ese tiempo.

La Revista del "Centro Ariel", recoge los artículos de Benvenuto. Su defensa del vago ardor juvenil, que no logra concretarse en directivas de acción; pero que exige, en el joven, por su propia pureza, la imperiosa necesidad de combatir el mal —aún sin determinar aquello bueno que pudiera sustituírlo— produce una superior polémica con don Carlos Vaz Ferreira. No voy a repetir aquellas que diríamos históricas recriminaciones... Pero, me es dable evocar —en la helada sala de la Universidad— donde Vaz Ferreira devanaba el cuasi soliloquio invalorable de sus pensamientos y adonde unos pocos fieles asistíamos —con emoción y con esperanza— a recibir lo que hoy nos resulta lo más preciado de nuestra organización para pensar con honradez —la figura desazonada e inquieta de Carlos Benvenuto, escuchando, desde el banco del discípulo, con amor — pero tensos los tentáculos críticos— la palabra austera y a veces triste, con que Vaz Ferreira exponía su sentimiento de que sus propias enseñanzas, se volvieran contra él... Mereció la Revista, humilde órgano de publicidad estudiantil, por ministerio de nuestro compañero, la más preciosa de las atenciones: la del Maestro de nuestra generación. El nuevo y brillante fruto de su enseñanza, ya sazonado y fuerte, aparecía en la joven figura de Carlos Benvenuto y, hechos y pensamiento, lo confirmarían muy pronto.

* * *

El viaje a Europa de Carlos Benvenuto, *su viaje a la Sorbona,* es fecundo en aprendizajes y reacciones sutiles: el hombre eminentemente europeo que es Carlos Benvenuto, por su cultura y los modos de aprehensión del conocer, se revela por lo que tiene de esencial, de "universal", al decretar que a Francia le falta "barbarie celeste", al determinar el "déficit sutil" de las conciencias europeas y al considerar innecesaria a la filosofía, como técnica.

En lo medular de estos descubrimientos, aparece Benvenuto otorgando preeminencia a ciertos valores indiscriminables, que formarían el sustento de la acción, ética y estética. Y dando entrada, en la organización de su pensar, a ciertas *emanaciones* de lo inconsciente, al misterio incontrovertible de las cosas y al desconocido engranaje que singulariza al humano, como unidad — no sólo pensante.

Se puede decir que, después de su viaje a la Sorbona, Benvenuto particulariza sus modos de pensar, e intuir, sobre los procesos morales, aceptando a la filosofía como "ismo" solo cuando pueda ponerse al servicio de la ética. Así, desde ahora, el "amor essentialis" merece atención, porque es necesario para dar contenido —verdaderamente subyugante— a la acción, transformada —de este modo— en consecuencia de un proceso del juicio general.

* * *

Esa superior categoría del juicio —y su universalidad— se limita, en cierto sentido.

No se trata ya del frío dominador que se yergue, esclareciendo cimas de aire enrarecido: la vida le tomará con urgencias y violencias tales que quedará sometido a pruebas de cálida intensidad. De ello que el juicio —aparentemente ilimitado— no siga erigiéndose en todo el imperio de la acción y merezca una valla, impuesta por el armónico ejercicio de la razón y los hechos tomados en la historicidad social. Carlos Benvenuto coordina bien esta actitud en el prólogo al libro de Lalande — donde asegura la existencia de un orden singular y real de principios morales que serían, algo así, como la Carta Magna de la Humanidad. Ya por ser *principios,* ellos han debido ser sometidos al juicio, pero éste —monstruo a veces— no deberá alcanzar con sus antenas a lo que es medular del hombre, en la vida y en la historia. A lo que pertenece al patrimonio de la humanidad y por lo que el hombre es tal, se distingue y subsiste: es tal, se distingue y subsiste como criatura capaz de darle contenido de buena o mala a una determinación.

Este pensar, abroquela al hombre —criatura filosófica, como tal dada a todos los riesgos— contra el peligro del mal filósofo, del mal moralista, del sofista político y del demagogo inventor de villas y castillos, adherido a conceptos de

forma delirante y naturaleza patógena. Carlos Benvenuto al acceder a la orientación citada, admite la asimilación de una serie de entidades de naturaleza radical, de persistencia estable, de permanente actividad que, siendo firmes, volverían innecesario al juicio que pretendiera dictaminar sobre ellas. De este modo, la gran calumniada, la Moral —en la que todos los escépticos encontraron refugio para sus fugas— se torna consistente, incontrovertible. Su médula espinal, por pertenecer al ser humano, es esencial: para ciertas normas, no debe existir el conflicto. Si aparece, es que el Hombre, cede a elementos distintos a su verdadera naturaleza: el bárbaro asciende verticalmente, como lo ha expresado, en gráfica inolvidable, el propio Carlos Benvenuto. Así —en tales límites— Moral excluye juicio, y da al hombre una certeza —asentada en la razón y la experiencia— equivalente a una fe. Este "catecismo" moral, no va a establecernos una limitación al pensamiento, por cierto. Frente a estas trayectorias de acción, conformes a lo que sería el desear eterno del hombre, Benvenuto admite toda forma de penetración y estudio, de avance y rectificación.

Queda reivindicado para el espíritu el derecho a actuar sin trabas, siempre y cuando no se atente — como es el pensar de Durkheim "a los estados fuertes y definidos de la conciencia colectiva"; pero la absoluta honestidad del espíritu exigiría el análisis, aún, de esa consciencia y esos estados. Cuando el filósofo ya pretende compulsar las reglas esenciales de la vida y del obrar del hombre, con lo que llama la realidad esencial, empieza a transformarse en el vagabundo a que se refiere Frederic Rauh, que tiene por dominio todos los contornos del universo. Volveríase, así, el pensar para la moral, "incompetente" —por su vastedad desmesurada— exigiéndose, una relatividad mínima para actuar en la medida real y factible. Carlos Benvenuto, encuentra la medida al juicio, en la admisión de esa conciencia "comunitaria", como la entiende Lalande, que permite —sin peligro paro los juegos libres del espíritu— la determinación de las normas esenciales de actuar.

* * *

No tratará de someter a la jurisdicción de las reglas, la moral integralmente: se quiere que una parte de ella, queda libre de los peligros del azar del pensamiento, accidental y arriesgado. No por los peligros del pensamiento en sí, sino porque el criterio del juicio abierto, puede provocar la contingencia absurda de decidir que la moral es inmoral. Langevin, defendiendo los ilimitados derechos de la ciencia, deplora que el sabio no esté sujeto, en la aplicación de sus métodos, al dominio puramente científico y que la Ciencia, en una palabra, pueda ponerse —por ministerio del hombre— al servicio del mal. Extremando su defensa de la libertad de actuar del sabio, Julián Benda, puede llegar a decretar que la Ciencia no es moralizadora. Criterio similar que dió a tantos estetas pretexto para subvertir los conceptos morales del Arte. La limitación, dentro de las normas "comunitarias" de la moral, da, en cambio, al hombre, la certeza de no dejar de ser tal, en ningún instante o, por lo menos, lo pone, psicológicamente, en el camino de esa certeza...

* * *

Carlos Benvenuto admite la libertad de pensar, naturalmente y su directiva se expresa en el concepto del "humanismo abierto", que coordina todo el tesoro adquirido por el hombre, con los avances de las nuevas generaciones, en el pensar y en el actuar. Así, de admisión en admisión, encontramos que —aparte aquel estricto mundo de reglas, tan firmes y universales que nadie puede discutir— las incorporaciones de elementos espirituales de diversa naturaleza y origen, plasman, en Carlos Benvenuto, una auténtica figura de pensador, de vastísimas perspectivas.

Su libertad radicará, también, su planta en el mundo inconmensurable y misterioso que es fatal signo del vivir: por entre el humo de las grutas órficas, los resplandores del abismo permiten entrever, en atisbos de magia o mística, el fondo mismo de la ultra realidad —que no es extraña al hombre, sino que está en su entraña.

* * *

Prestancia exquisita de pensador —de sensibilidad tal que el hecho vital lo toma en el sentido circundante de toda captación real, filosófica, estética, moral— nada —por ser hombre completo— va a serle extraño: un día, trágico, rómpese, por la brutal inercia de los bárbaros, el andamiaje jurídico que daba sentido moral firme a la convivencia nacional. A toda prescindente actitud de contemplador, opone Benvenuto su conciencia agitada por pavorosos problemas de hacer. Frente a los hechos políticos —que destruyeron el derecho y el deber— el hombre de juicio, de juicio completo, como es Carlos Benvenuto, no tiene una sola vacilación. Está pronto a actuar y lo hará con los elementos incontaminados de su vigor ciudadano, de su juventud perfecta y robusta y el ardor, la fe y el entusiasmo de que es capaz. Su integridad, sin mancha, su altivez y su soledad, enfrentan al monstruo encaramado en el poder merced a la oscura naturaleza de las cosas, y logran infundirle ese miedo tremebundo a lo desconocido que siente el salvaje ante los productos exquisitos de la civilización. Esta actividad política de Carlos Benvenuto, es simplemente, una actividad moral, ceñida, firme, incontrovertible: nada hay en él de delirante ni de oscuras formas de odio personal: todo es manifiestamente puro y la alquimia de su alma, encuentra, hoy, —en estas horas, que ya son de recuerdo— en las retortas íntimas, oro fundido por el pensamiento, sin ningún residuo inferior.

* * *

La penetración crítica de Carlos Benvenuto se ejercita en diferentes planos que en la generalidad del pensamiento nacional: su constante sentido avizor, le pone en contacto, rápido y frecuente, con los manantiales del surgir original de las ideas. Sus trabajos sobre las iniciaciones de Aaron Dandieu en "La Revolution Necessaire", sobre el "Ordre Nouveau" y el grupo "Esprit", dignifican la crítica sociológica, enunciando, en formas técnicas, pero bien atadas a la realidad fundamental del humano y la sociedad, sus reparos mentales,, y profundos, a las formas estratificantes de organización social. Su humanismo abierto realiza, también en este terreno, penetrantes investigaciones y avances valientes y temerarios, con el alerta permanente de la inteligencia, puesto al servicio honrado del bien. Observaciones sutiles sobre los totalismos que el mundo sufre, han salido de su pensar en torno a la obra de Dandieu, la que —por no suscribir en extensión completa a sus orientaciones— es para Benvenuto, en plena maduración de conceptos, motivo de análisis insistentes, enjundiosa transformación a través de muy fecundas disgresiones y núcleo particularmente vibrante de sus inquietudes actuales.

* * *

Esta silueta —como tal, sombra sin la luz original del sujeto— no da de Carlos Benvenuto sino los lineamientos menos importantes: aquellos que le componen como individuo de la especie pensante. Los que le completan, como persona de la especie afectiva, le elevan y le singularizan aún más. Contemplemos esta admirable pareja humana que hacen Ofelia Machado y Carlos Benvenuto. Contemplemos su firmeza coadyuvante y su espiritualidad jamás vencida: el hogar, de perfecciones, que han formado y su infantil y preciosa estirpe. Contemplemos, en este hombre de pensamiento y acción, una manera heroica de existir, la más moral de las maneras de ser, que consiste en *ser como se debe ser*: en ser hombre en toda la más amplia de las maneras de ver y comprender la vida y los modos de vivir.

Y atengámonos a estos ejemplos vivos de simpatía, carácter, bondad, amistosa reverencia y paz intelectual, con los que ya mi generación, que ha visto otros admirables, pueda enorgullecerse de que uno de los nuestros, haya acatado, con tanta limpidez y libertad —único modo de acatamiento real— los dictados de su propia conciencia.

Luis Giordano

EDUCACION

PRIMERAS APROXIMACIONES AL TEMA: LA FILOSOFIA EN LA SEGUNDA ENSEÑANZA

Si como garantía tuviéramos que presentar la ética que creemos debe presidir el tratamiento de este tema, no resistiríamos a evocarla mediante una expresión que cada día se nos va manifestando más fecunda: usar del patrimonio común de la humanidad, de las adquisiciones espirituales de valor comunitario, como una disciplina del entusiasmo que, en alas de lo incontrovertible, conduzca, libremente, con las gradaciones debidas, hasta los umbrales de lo metafísico. En esos umbrales se preludian los modos personalísimos de esas cuestiones filosóficas máximas, concretas, totales, íntimas que nos abarcan y embargan como hombres reales de carne y hueso, hasta en nuestra más silenciosa e indecible singularidad. Ver, por ejemplo, en Heidegger: "¿Qué es Metafísica?", lo específico de las cuestiones metafísicas y en Unamuno: "Del sentimiento trágico de la vida", en especial el capítulo "El hombre de carne y hueso".

* * *

Si, como es sabido, hasta acerca de la noción de filosofía, y no digamos sobre sus temas en particular, recaen tantas dudas, controversias y enigmas; si ellos pululan y acaso deban siempre pulular para bien del hombre, esa disciplina difícilmente se plegará a la configuración de un método de enseñanza cabal y preciso. En este caso más que en otro alguno, y, por rigurosa que deba aquí ser la exigencia de severidad, una indiscreta exigencia de precisión, sólo lograría hacernos incurrir en una falsa precisión o en la adhesión demasiado fácil a un *ismo*, a una tendencia, a una manera

parcial o, por lo menos, demasiado controvertible de conducir nuestro pensamiento. Y esa falta, precisamente, ya daría un indicio de claudicación del espíritu filosófico. Por otra parte, ese hecho innegable de que la filosofía, más allá de la zona de lo dilucidado o dilucidable de manera apta como para conquistar libre, persuasivamente, el consentimiento de todo hombre suficientemente entendido e inteligente, el hecho de que la filosofía, más allá de la región de un posible saber universal, comunitario o riguroso, a la manera que define, por ejemplo, un Lalande, o un Husserl, sea no en contradicción sino además, la región de las cuestiones abiertas y más, la tierra elegida de lo controvertido, de lo controvertible, de lo incierto y hasta de lo misterioso, en la manera por ejemplo de un Chestov o de un Vaz Ferreira, eso, lejos de ser una circunstancia como otra cualquiera, es, sin duda, algo capital. Hace de la filosofía, no solamente una disciplina en la que de por sí se vienen a configurar los límites de lo humano, sino aquella en la que, ya discreta, ya trágicamente, se ofrece el más incitante indicio de cuál pueda ser la situación fundamental del hombre en medio del tembloroso océano de lo real; la región más fecunda, la zona viva de lo misteriosamente indeterminable y ambiguo; el insondable e imprescriptible vivero de lo "fermental" y de la progresividad, del estupor y del asombro, del terror y de la admiración.

Siendo así, la filosofía es uno de los resortes más vitales y eficientes de la enseñanza y en especial de la segunda enseñanza, que toma al ser humano en esa época de mayor vocación y plasticidad filosófica.

Correspondía actualizar aquí, por lo menos así, someramente, la magnitud y delicadeza del asunto, antes de entrar a considerar más de cerca nuestro tema, para estar más asistidos de la presencia de la cuestión.

* * *

Ante todo, situemos la enseñanza de esta asignatura. Esa tarea de situarla creemos que debe desdoblarse en dos momentos: primero, su ubicación dentro de la enseñanza en

general, aspecto que no consideraremos tampoco en su extensión, sino apenas como marco y fondo indispensable que, desde su debida lejanía, aporte la necesaria perspectiva, y, segundo, la situación de la filosofía en la segunda enseñanza.

Considerar la filosofía en su situación, dentro de la segunda enseñanza, fuerza a actualizar la finalidad de esta última. Gustavo Belot, en la discusión desarrollada en el seno de la Sociedad Francesa de Filosofía sobre ese tema y publicada en el respectivo Boletín, propone considerarla como la coronación de la segunda enseñanza, criterio aceptado por unanimidad en el seno de aquel cuerpo. Y bien: allegándonos a ese nivel de las leyes y reglamentos que, tanto en este como en otros países, articulan las finalidades y la organización de esta enseñanza, aparece como *leit-motiv* constante el de que ella ha de proponerse una formación del hombre, considerado no propiamente en general, en abstracto, sino más bien en total, como totalidad concreta, como individualidad munida de valor universal, es decir, como persona, con destino y vocación original y único. Resulta de ello que la segunda enseñanza ha de instituirse como el órgano específicamente formador y continuador de lo que debe llamarse un humanismo perenne, integral y abierto, pero concreto.

Ella ha de perseguir el desarrollo y el cultivo de todos los poderes y las virtualidades de la criatura humana, sin desatender ninguna digna de valer y sin descuidar la debida armonía y relación mutua o jerárquica, en su caso, ni tampoco, como veremos, cierta tensión entre ellas, creadora e innovadora. En nuestro ambiente, con todo derecho, y por suerte con acento de "clásicas", ya vienen de suyo a la mente expresiones adoptadas por José Enrique Rodó en 1900 al publicar "Ariel": la de Juan María Guyau: "Hay una profesión universal, que es la de *hombre*" y la de Ernesto Renán, cuando en esa misma página 26 en seguida añade algo que hoy, en 1938, tiene ya el valor de una admonición profética:

"Y Renán recordando, a propósito de las civilizaciones desequilibradas y parciales, que el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente *humana*, define el ideal de perfección a que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie."

A esa orientación humanista que, como es bien sabido, arranca de ilustre y casi inmemorial estirpe, por lo menos desde Grecia, pasando por Roma, donde se formula en la exclamación inagotable del esclavo de Terencio, habría que añadirle la de que ese hombre, al cual "nada de lo humano le ha de ser ajeno", para hacerse efectivamente hombre, en un solo acto indisoluble, ha de tender también a ser un creador, un dinámico heredero universal de las adquisiciones de la humanidad. Pero el punto de vista pedagógico, es el de una empresa realizadora de personas y logradora de destinos originales. Para tamaña empresa lo realmente decisivo comienza en el instante en que descubre que ese ideal puede, hasta demasiado fácilmente, ser presentado y contemplado en abstracto, estática y aun estéticamente y que ello entraña una deficiencia. En cambio para quien imparte la enseñanza, lo mismo que para quien la busca, lo esencial es estar constantemente asistido de la convicción de que sólo puede ser realizado, si es vivido y asimilado concreta, dinámicamente en intenso, amoroso, más aún, en personalísimo y continuado esfuerzo cotidiano de asimilación y apropiación perseverante, ardorosa y entusiástica.

El logro efectivo de esas magnas finalidades sólo puede ser conquistado en aquella manera de la apropiación vital, íntima y como predestinada, que tan patéticamente ha puesto en relieve Kierkegaard cuando protesta que el valor no es una propiedad inerte de la realidad, nada genérico, abstracto, impersonal, sino que es algo sentido, individual, concreto, que sólo se conquista apasionada y personalísimamente; que la plenitud sólo aparece en actos y en apropiaciones personalísimas, íntimas; que en ese sentido es plenamente cierto que "en la subjetividad está la verdad"; que la realidad está en la vida individual, en esa palpitación irreductible en que la existencia, realidad constantemente individual, se des-

cubre como diseminada, perdida, de modo patético, a veces angustioso, siempre original y único, en medio del saber objetivo, impersonal, genérico y abstracto.

El resorte eficiente de la realización de los destinos personales parece así poner de manifiesto que hubiera como un imperativo de creación, de iniciativa, de innovación y hasta de trascendencia que, con el patetismo del caso, está expresado en aquella exclamación de San Agustín: "Cuando tú te detienes y dices: basta, ya estás muerto."

Es preciso cargar el acento sobre ese aspecto escapadizo y sin embargo fundamental, porque la cultura ya hecha, se presenta como un conjunto de formas que, según la expresión de Augusto Rodín "no son sino el límite periférico, la forma límite de la *flama* a la que deben su existencia" y que acaso en cierto sentido inexpresable previve y renace de nuevo, inagotable y prácticamente infinita en cada ser humano, llama que se presenta con el colmo de aptitud de inflamación en el joven, en nuestro estudiante de segunda enseñanza. Pero, por lo mismo que no son más que el límite en que viene a morir aquella llama profunda, ésta, que es lo que importa más, no puede ser trasmitida ni menos apropiada sin un esfuerzo de concentración especialísimamente férvido, atento y repetido. Tanto el profesor como el discípulo deben tener presente con el mismo Kierkegaard: "El que no sabe repetir es un esteta, el que repite sin entusiasmo es un fariseo; sólo el que sabe repetir con entusiasmo constantemente renovado, es un hombre". Y únicamente esa repetición si nos es posible "infinitamente apasionada" puede llegar a hacernos captadores auténticos de la llama que muere en las adorables formas y "piróforos" de ella. Si tuviéramos que desarrollar más esto, cuya fundamentación filosófica excede los límites pedagógicos que nos hemos asignado, podríamos remitir al lector, a manera de ejemplo de tratamiento del tema, al ensayo, "Miseria y grandeza de lo espiritual", de A. Dandieu y A. Marc, especialmente en la parte tercera, sobre la persona, traducción publicada en Ensayos Nº 12 y en apartado de la Editorial Ensayos.

Carlos Benvenuto

NOTAS

LA REALIDAD POLITICA NACIONAL Y EL DEBER DE LA OPOSICION

Como homenaje de "Ensayos" al joven Maestro de Derecho Público de las últimas generaciones estudiosas de nuestra Facultad de Derecho, Dr. Luis Arcos Ferrand, muerto prematuramente en los días inmediatos a su toma de posesión del cargo de Decano de esa Casa de Estudios, publicamos aquí el docomento, debido a su pensamiento y a su pluma, que debía servir de orientación a un movimiento que se preparaba en Octubre de 1937 en pro de la concurrencia de la oposición a las elecciones a celebrarse en Marzo de 1938 en nuestro país.

Este documento quedó inédito. Tratándose de un proyecto de manifiesto, no llevaba título, y hemos debido ponerle ahora el que corresponde a su contenido. Y aunque la solución concurrencista, que él defiende, no era la nuestra personal, ni fuera tampoco la de más de uno de los integrantes de la Redacción de "Ensayos", la elevación y la precisión con que se enfoca en él la realidad política nacional después de casi cinco años de dictadura, y la profundidad y el vigor de la doctrina que desenvuelve, hacen de él una pieza de cátedra, verdaderamente definitiva e histórica, que es un honor insertar en estas páginas, como lo fué también para "Ensayos" dar a luz en su número 3, en vida del Maestro precozmente desaparecido, su estudio sobre "Deformaciones de la Democracia". — E. P. M.

Una crisis política sin precedentes en nuestra historia, porque radica en un disentimiento irreductible sobre la apreciación de la idea democrática bajo cuyo signo hemos vivido por obra del pronunciamiento inequívoco que fluye de nuestros orígenes, divide al país en dos bandos irreconciliables.

No se trata de una transitoria oposición de intereses; no es, la nuestra, sólo lucha de tendencias sobre el alcance que ha de atribuirse al concepto de interés general; no se limita el disentimiento que nos se-

para, a una diversa estimación de los medios con que ha de realizarse una misma directiva ideológica. Para quien no se detenga en la superficie de las cosas y sea capaz de descartar la sugestión que emana de las fórmulas sin contenido, la oposición de los grupos antagónicos habrá de acusar una discrepancia que afecta a la esencia misma de la democracia.

El golpe de Estado de 1933 que utilizó, para consumarse, el método de los gobiernos dictatoriales, puso en evidencia, a través de posteriores realizaciones institucionales, que su afinidad con las formas autocráticas, no era sólo coincidencia de medios sino también comunidad de fines. Se ha mantenido la apariencia formal del régimen democrático y hasta se ha acentuado, si se quiere, con el referendum constitucional y el derecho de disolución, la participación nominal del electorado en el ejercicio directo de la soberanía; pero la esencia del sistema ha sufrido y sigue sufriendo, al margen de la ciudadanía, repetidas e inadmisibles deformaciones.

Ya la Constitución —Constitución de vencedores,— resultó ser, por sobre toda otra cosa, un habilidoso andamiaje destinado a consolidar, en forma artificiosa, una transitoria y más que discutible situación de predominio de dos grupos políticos, y a facilitar su perpetuación en la dirección gubernamental aunque ese resultado hubiera de lograrse a costa de restricciones anti-democráticas a la futura libertad de acción del cuerpo electoral.

Si grandes son los reparos que un criterio democrático estricto puede oponer, en éste y en otros aspectos, a la Constitución que nos rige, tan fundamentales resultan los que sugiere su arbitraria aplicación. El Poder Ejecutivo, mediante el ejercicio abusivo de la potestad reglamentaria, se suplanta, de hecho, al legislador; y bajo el amparo de la pasividad legislativa — negación de los derechos inspectivos de las asambleas y, sobre todo, del régimen parlamentario escrito en la Constitución, — vulnera, con una frecuencia muy cercana a la normalidad, por la vía de los actos discrecionales ajenos a sus facultades ordinarias, las garantías de la libertad individual. La renuncia a sus atribuciones de fiscalización y la entrega, por el procedimiento inadmisible de la delegación, de buena parte de su competencia constitucional, definen la gestión del Parlamento. Sólo a mayor abundamiento ha de señalarse la sanción reiterada de leyes inconstitucionales, sin dejar de recordar que una de ellas ha entregado al Consejo de Ministros — órgano esencialmente político, el ejercicio de funciones jurisdiccionales en materia penal; y la aprobación, a tambor batiente, de la reforma constitucional de 1936, destinada a reforzar, todavía más, las posibilidades favorables al mantenimiento en el poder de los partidos gobernantes, con lo que se revela un concepto inferiorizante de la propia Constitución, reducida a servir de instrumento para el predominio de situaciones determinadas y de

intereses particulares, y despojada así, de la autoridad y del prestigio que se respaldan en el carácter general, abstracto e impersonal de sus normas.

Todo esto y mucho más, que es también notorio, configura, a no dudarlo, un régimen de "legalidad precaria", de simulación democrática, que la ausencia de publicidad agrava y no es difícil percibir cómo, bajo el estímulo de ese estado de cosas, se va gestando entre nosotros un nuevo concepto del derecho público — susceptible de ser extendido después a las relaciones privadas, — que intenta hacer radicar el contenido del derecho no en el interés general entendido en su única acepción auténtica, sino en el interés general moldeado y deformado en función del interés particular de los grupos gobernantes.

Bajo el influjo de estas ideas se elabora y crece hasta hacerse ostensible en ciertos sectores de la opinión, un clima político, un ambiente cívico cuya mejor definición consistiría en recordar que, no obstante el precepto prohibitivo de la Constitución y de la tradición nacional, no son pocos los que empiezan a familiarizarse con la idea de que la suerte del "continuismo" depende de la voluntad discrecional de la persona que está al frente del Poder Ejecutivo.

Y a los males internos viene a agregarse, para hacer más apremiantes, si cabe, las obligaciones de la ciudadanía, el "nítido desafío a la idea democrática" que la reacción universal coaligada —reacción desembozada y también reacción vergonzante, lanza, con su habitual gesto agresivo, a todos los hombres libres de la tierra, y que el presidente Roosevelt recoge, con aleccionadora energía, en su memorable discurso de Chicago, para indicar a los ciudadanos del mundo el hecho, nuevo para muchos y para muchos todavía impreciso, de que un imperativo de solidaridad humana sin fronteras, debe hacer más ineludibles las responsabilidades y los deberes del civismo en la lucha por la democracia.

* * *

Frente a esa situación, en la que están en juego problemas de tanta trascendencia como la suerte del país y el destino de la democracia en el mundo —para cuya solución ninguna colaboración, por modesta que sea, puede resultar desdeñable—, el deber impuesto a la ciudadanía no puede ser sino de acción. A través de los factores internos y externos ya enunciados, la actitud concreta que habrán de asumir los contingentes democráticos del electorado nacional en las próximas elecciones de Marzo, adquiere una significación acaso nunca igualada, en la que tienen el deber de detenerse a meditar todos los ciudadanos de la República.

La abstención —ese gran silencio de la soberanía que marca, para la historia, el repudio y la sanción moral de un atentado, es un medio excepcional al que se recurre una vez pero no puede erigirse,

por su repetición continuada, en instrumento normal de defensa. La persistencia del atentado e, incluso, su propia agravación, al revelar que lo que se reputó hecho aislado e insólito —pero susceptible de rectificación ulterior, aspira, por el empleo de los medios que le dieron origen, a transformarse en situación normal, obliga a modificar la táctica defensiva para adaptarla a esa normalidad que, no por ser superficial y asentarse en la fuerza, deja de obrar eficazmente sobre los ánimos apocados, desaprensivos o vacilantes. Los males que tienden a hacerse crónicos no se combaten con la terapéutica de los males agudos. La resistencia activa contra el poder arbitrario, cuando es la expresión de una convicción honda y de un móvil desinteresado, no pierde altura ni dignidad cualquiera que sea el procedimiento empleado para ponerla por obra. Por eso no podría afirmarse, sin ligereza, que la concurrencia a las urnas es una táctica que hace descender el nivel ético de la resistencia. Si al sufragio se fuera al amparo de concesiones oportunistas del poder; o con las manos atadas por compromisos a cambio de promesas; o como resultado de una de esas reconciliaciones estruendosas pero superficiales con las que se quiere borrar culpas que deben ser irredimibles mientras la sanción no caiga sobre sus autores—, entonces, sí, la actuación cívica sería un renunciamiento y una claudicación. Cuando, por el contrario —y tal es nuestro caso—, la lucha del electorado libre ha de enfrentarse con trabas de hecho y hasta con obstáculos legales elaborados, con verdadero refinamiento de previsión, por los activos legistas del régimen, la concurrencia a los atrios es un gesto de fervor ciudadano cuya edificante sugestión tendrá que perdurar porque los sacrificios auténticos nunca son estériles.

Fuera de ser inobjetable desde el punto de vista moral, la concurrencia a las urnas —que no se propone variar la actitud opositora sino extender su esfera de acción y llevarla también, con la misma energía irreductible, de las columnas de la prensa independiente y de la actividad de los centros partidarios, al seno de los órganos de gobierno—, abre nuevas posibilidades para llegar, por la propaganda y el estímulo del pronunciamiento inmediato, a la consolidación de un ambiente de resistencia y a la organización de sus contingentes, incluso para las luchas que es lógico prever en el futuro.

En momentos tan excepcionales como los que estamos viviendo, los resultados útiles que la elección pueda traer aparejados no deben ser el móvil determinante exclusivo de la acción ciudadana. Si por la influencia de factores que son notorios: vocación, ya evidenciada, para la coacción; despojo de los lemas históricos; prohibición de las coaliciones; inscripción y depuración verificadas sin contralor; ausencia de garantías en las autoridades electorales; voto calificado de los dos grupos dirigentes en las decisiones legislativas; negación de la representación proporcional integral, la concurrencia al comicio no da al electorado democrático la

representación a que podría aspirar en un régimen de justicia y de legalidad, la intervención de los partidos opositores, fuera de poner más en evidencia la magnitud del atentado y provocar en la conciencia pública la consiguiente reacción moral, será siempre un índice de su importancia como fuerzas de opinión; de su fidelidad consciente y activa al ideal democrático; de la dignidad con que los hombres libres saben recoger, para oponerla a todos los desbordes, la tradicional altivez de nuestro civismo. Los firmantes de este manifiesto, convencidos de que la concurrencia a las urnas con garantías o sin garantías, es, hoy, un imperativo ineludible, se proponen propiciar en ese sentido un movimiento de opinión en todo el país. Exhortan, pues, a la ciudadanía y al pueblo en general, a secundar la propaganda que ha de iniciarse de inmediato sin otra mira que el interés nacional y el mantenimiento de los principios democráticos. Los partidos opositores, a los que corresponde entera la decisión final, dirán después, por el órgano de sus autoridades competentes, su palabra de orden.

Luis Arcos Ferrand

NUESTROS PLASTICOS Y NUESTROS ESCRITORES AYUDAN AL PUEBLO ESPAÑOL

La libertad creadora, gracias a la cual cada artista, diferenciándose, realiza en lo estético lo singular de su personalidad, no excluye la participación del mismo artista en las formas colectivas de la acción que los llamados de la realidad elevan a la categoría de fundamentales deberes para con la Humanidad.

Antes bien, así como desertaría de sus deberes de creador el artista que, apartándose de la norma interior que le trazan las temperamentales peculiaridades de su imperativo vocacional, se forjase artificiosamente otra norma a la cual no pudiese llegar a sentir sinceramente como una propia expresión de su conciencia estética, aun cuando buscase con ello servir de medio de expresión a la más noble de las causas por que pueda luchar el hombre, así también el artista que, fuera del trance de la creación, desoyera los reclamos que a todo espíritu imponen la justicia, la piedad, la libertad o la cultura, en lo político-social o en lo simple y genéricamente humano, traicionaría sus deberes de Hombre, a que estaría obligado aunque no fuese artista, y traicionaría, además sus propios deberes de artista, a que lo llama y lo sujeta su condición de obrero de la cultura, de colaborador solidario en su destino, y, como tal, de parcialmente responsable de los peligros que puedan acometerla en lo que ya ha realizado o comprometiendo para el futuro las posibilidades de su existencia, su perdurabilidad y su progreso.

* * *

Un grupo de artistas plásticos, primeramente, un grupo de escritores poco después, han sentido como uno de los más fervientes entre esos altos e irrenunciables deberes de su condición de hombres y de su condición de creadores de cultura, el de ayudar al pueblo español por los medios que pone a su alcance, precisamente, la naturaleza de su trabajo, comenzando por donar algunas de sus obras para ser vendidas en exposiciones a beneficio de ese pueblo, que es en estos momentos, el defensor del destino de la Humanidad, en lo que ésta tiene de más digno, de más alto y de capaz de representar, para el futuro, la esperanza de infinitas superaciones.

Defiende la democracia, la libertad y la justicia, contra la más atroz tentativa de opresión y de sentido de injusticia social y de reaccionarismo que se haya desatado jamás sobre el mundo, porque esas formas dementes de regresión a los modos autoritarios de la disciplina política y de la estructura social que encarna el fascismo, amenazan al resto del mundo y juegan allí la batalla decisiva para su prestigio y hasta para la potencialidad misma de la fuerza sobre que se asientan.

Defiende la lealtad a las instituciones republicanas contra la traición de los militares que, habiéndolas jurado, se alzaron contra ellas.

Defiende la cultura. Mientras los decretos de Franco mandan quemar libros, cierran en grandes cantidades los institutos docentes y las escuelas, y si fundan nuevas "academias reales" es imponiendo a sus eventuales integrantes formas tan arcaicas y vejatorias de juramento que muchos de sus más significativos simpatizantes se han resistido a ingresar en ellas, el gobierno de la República ha creado por millares las nuevas escuelas y aumentado en más de ciento setenta millones de pesetas el presupuesto de Instrucción Pública, en circunstancias en que, por lo desesperado de la lucha, podría creerse que todos los recursos del Estado deberían destinarse solamente a los gastos de guerra. Mientras las bombas de los rebeldes destruyen a Madrid, uno de los primeros entre los focos de cultura que la civilización contemporánea había venido elaborando sobre la faz del planeta, y mientras sus explosiones han hecho estallar los cristales de las ventanas del Museo del Prado, los hombres de la República, los oscuros obreros desde los primeros días de la guerra, los rudos milicianos en las treguas del batallar, y los severos planes de las autoridades, han salvado los tesoros del arte español llevándoselos lejos de la zona de alcance de los bárbaros destructores.

Si por culpa del alzamiento de los facciosos España no será ya sino con graves e irreparables detrimentos el incomparable museo al aire libre que la historia había venido levantando, en el sucederse de los pueblos, las culturas y las épocas sobre su suelo, podrá ella, por lo menos, ofrecer en el interior de las salas, cuando, restauradas por la llegada de la paz se reintegren a ellas todas las obras que custodiaban y se les añadan las innumerables piezas de valor que yacían ignoradas en sótanos y desvanes de grandes casas y en olvidados rincones de conventos e iglesias y que el amor desvelado de los leales por el patrimonio artístico de España ha rescatado para la cultura a través de búsquedas inteligentemente conducidas, una suma de tesoros de arte sin duda inmensamente superior a la que ya había dado fama a las colecciones de los museos españoles.

Todo ello lo defiende el pueblo español con su sangre, con su dolor, con su tragedia, con el horror de sus niños masacrados o huérfanos, de sus hombres sacrificados, de sus viudas y sus madres sin consuelo, de sus ciudades desvastadas y sus campos desolados.

Ensangrentado y empapado por una realidad brutal, y entrañado en ella, aparecerá por eso, algún día, ante la prespectiva histórica, ese mundo de obras de arte que así ha rescatado ese pueblo sin igual. Es decir, que él será un arte triplemente español: por su origen, por haber sido salvado por el heroísmo de su pueblo, y porque la historia lo había hecho padecer y casi agonizar, y ser el signo de una realidad desgarrada y terrible, como el genio artístico de España hizo trágicamente realistas, sufrientes y sangrantes, a los lívidos Cristos "acardenalados" y a las patéticas Dolorosas de sus telas y de su escultura policromada.

Y, por triplemente español, ese arte no morirá. Lo habrá salvado el instinto sublime de su pueblo, en este trance de agonía, arrancándolo con sangre a una realidad tétricamente tocada por la muerte, como el genio de sus artistas, en el trance de su creación, le aseguró, dilacerándolo con su realismo trágico, la inmortalidad. (1)

* * *

Hace algunos años, refiriéndome a la necesidad de crear estímulos económicos para los creadores de cultura, a propósito del proyecto de Zavala Muniz sobre salarios artísticos y del anhelo jamás satisfecho de dar buenos sueldos a los maestros, para que salarios y sueldos alcanzasen a libertar la vida de estos trabajadores del espíritu transformándose en llama creadora, en enriquecimiento espiritual, en instrumento de producción de los valores del alma, escribía yo este pensamiento, dolido y esperanzado a la vez por el triunfo de los ideales del oro en el mundo: "La Humanidad ha encontrado, sin saberlo, una piedra filosofal aún más enérgica que la que buscaron los alquimistas. Ha hecho más que trasmutar los metales: lo ha transformado todo en oro. Hagamos ahora la alquimia suprema: transformar oro en alma".

Esto es lo que han hecho estos plásticos generosos y espléndidos y estos escritores que han seguido su ejemplo, al tomar su puesto de acción en la lucha por España leal; pero con una diferencia, que sitúa su esfuerzo más arriba, todavía, que ese ideal de la alquimia suprema. No comenzaron tomando oro que ya encontrasen hecho por otros para transformarlo en alma, sino que arrancaron su ciclo a partir del alma ya lograda, y de ahí empezaron a subir.

Comenzaron por la creación artística, en vez de terminar en ella. Condensaron alma en sus telas, en el barro inicial o en la palabra que

(1) Lo que antecede es, con el agregado de las indispensables alusiones al movimiento de los escritores, al cual, por ser posterior al de los plásticos, no pude referirme entonces, la página que, a pedido de sus organizadores, escribí como manifiesto o declaración para el catálogo de la primera exposición. Ella fué impresa en él con algunas omisiones y erratas.

escribían. Y ahora quieren hacer oro con eso, pero no para guardarlo, ni tampoco para volverlo al destino de alimentar la propia llama de su vida y poder consagrarla de nuevo y mejor a la creación artística, sino para sublimar el oro en una más alta trasmutación del alma: para transformar su alma individual en deber moral de todos, en solidaridad en la lucha por la justicia, la libertad y la cultura, en heroísmo y piedad, en fervor de espíritu colectivo enderezado al bien bien común, en colaboración consciente en la empresa de orientación del destino de la Humanidad hacia los máximos ideales, forma la más vasta y la más intensa, a la vez, del alma que pueda ser concebible para toda la especie: multitudinaria y justiciera, popular e intelectual, ruda y refinada, primitiva y culta, apasionada y cerebral, ignorante y sabia, libertaria y organizadora, todo a un mismo tiempo, todo en dosis masivas, todo dado con potencia ciclópea. Porque todo eso es, en verdad, España leal.

* * *

Y por sabio y refinado a la vez que popular y rudo, es a este movimiento de integral humanidad que han venido a sumarse ahora nuestros plásticos y nuestros escritores, Y así, contribuir al llamado de estos creadores de espíritu que merecen bien de la justicia y de la libertad. adquirir las obras que exponen, será injertar el alma de nuestros artistas en la realidad española; será, por lo tanto, dar también a nuestro arte esa estirpe española que atribuyo al arte salvado de la barbarie fascista por el desvelo de los leales: no habrá, en efecto, comprador de obra de arte o de libro en estas exposiciones, que deje de asociarlos, aun con el alejamiento del tiempo, a la tragedia de España. Y así, idealmente, sentirá también este arte nuestro como retoño trágico de ese arte español empapado en sangre y lívidamente ensombrecido, y rescatado, arrancándoselo a la muerte, con un dolor acaso no igualado en la historia de la especie.

Eugenio Petit Muñoz

A PROPOSITO DEL "PERSONALISMO"

Con este ardiente ensayo de combate, una de las últimas llamaradas que dió el gran fuego de Elie Faure en su admirable y siempre joven ancianidad, y a penas pocos meses antes de apagarse, terminamos la publicación de documentos relativos al movimiento personalista, que iniciamos, con el carácter de exposición de tendencias contrapuestas suscitadas por el mismo, en nuestro número 15. — E. P. M.

A José Bergamín

I

Henos aquí colocados hoy, nosotros los rechazados, los rebeldes, los refractarios, los pobres de dinero y los alterados del conocimiento, los no-conformistas y los ateos, los fuera de la ley, los fuera de la Iglesia, y aquellos que han salido de la tibieza familiar y burguesa para entrar en lo desconocido con embriaguez o desesperación; henos aquí frente a un mundo que viene, en el mismo estado en que estábais colocados vosotros hace unos dos mil años, frente al mundo que nacía. Ya tenemos bastante de lo discursivo, de lo decantado, de lo trascendente. Nosotros somos primitivos del espíritu y, si queréis, hasta primarios. Aceptamos este epíteto con orgullo, aceptamos vuestro desprecio y aceptamos hasta vuestra condescendencia, si tenéis a bien otorgárnosla. Poco nos importa, por lo demás, que vuestra humildad confesional termine en esa satisfacción de sí, que se encuentra actualmente en casi todos los escritos de los exégetas laicos o eclesiásticos. No se trata de nada de esto. Y somos nosotros probablemente quienes defendemos contra vosotros mismos, lo que guarda de humano la cultura cristiana, cuidando de que ella no se pierda en los meandros de la pura inteligencia. Marco Aurelio y Juliano tenían para ellos la inteligencia; pero fracasaron contra el instinto.

Encontrándonos en presencia de síntesis de frustrada construcción, nosotros queremos construirlas, las construiremos. La "verdad" filosófica a la cual se llega tan cómodamente al fin del rosario de los silogismos, nos deja fríos, porque tenemos profundamente hundida y viviente la intuición de un mundo en génesis, donde tienden a conciliarse la "realidad"

científica y la "realidad" social. El "monismo", al cual os unís ahora después de haberlo combatido, esperando que algún clérigo sutil os provea de nuevos argumentos para permitiros desdeñarlo, así como aparentáis olvidar el transformismo, primero rechazado con horror, después aceptado, luego chicaneado, así como no queréis acordaros de haber cerrado la boca a Galileo porque no podéis ya negar que la tierra gira, "el monismo" no es para nosotros un instrumento de artificio metafísico, sino una realidad cósmica y biológica, alrededor de la cual pretendemos edificar un organismo en que la sangre y el espíritu mezclados circulen entre los hombres. A pesar, y aún contra los excesos y los ridículos de sus discípulos, aceptamos en Freud, como hemos aceptado y aceptamos en Spinoza, en Newton, en Lamarck, en Claude Bernard, y en dos o tres más de su raza, un nuevo padre de una iglesia cuya enseñanza desciende poco a poco de los tormentos de nuestro espíritu a la paz de nuestro corazón. Lo que nos interesa de aquí en adelante, no son las pretendidas revelaciones caídas de una potencia exterior a nosotros mismos para fertilizar nuestra actividad, son las sensaciones, las voluntades, los sufrimientos que nuestras secreciones glandulares proponen al contralor de nuestros reflejos corticales, en el curso de la digestión continua de las fuerzas confusas, que la unanimidad de las voces, de las formas, de las materias, de los hálitos, de las apariencias, de las catástrofes y de las insinuaciones del universo, depositan en nuestros órganos. Es aquí donde está para nosotros desde ahora en adelante, todo el inagotable misterio, toda la poesía, y Dios mismo. Ya estamos cansados del gendarme metafísico que pretendéis conservar. El es demasiado simple para nosotros —que sin embargo volvemos a ser simples— porque empleáis para demostrarnos su simplicidad que no podemos comprender más, una sutileza que no queremos oír más, pues el sofisma es, lo sentimos, el último recurso de las sociedades agonizantes, como la simplicidad es el primer impulso de las sociedades nuevas. Lo que proponéis al hambre del hombre es filosofía organizada, mientras que él, por su parte, reclama vida orgánica para apaciguar y aguantar esta hambre.

Jamás se ha fundado una sociedad cualquiera sólo sobre los datos de la concienica. Es necesario primero el instinto de las masas, el instinto de la muchedumbre de los simples; la inteligencia, ciertamente, contribuye a formarlo cambiando progresivamente sus chispas furtivas, pero en su superficie aparece él como una superestructura destinada a tenderle o, por el contrario, a evitarle falsos pasos. No ignoramos que en el interior del pensamiento cristiano, como del pensamiento clásico, que habéis tenido el mérito y la habilidad de amalgamar por el catolicismo, y que en efecto se encuentran en todas partes allí donde descienden a las verdaderas profundidades del hombre, no ignoramos que en el interior del pensamiento cristiano como del clásico, existe una palanca poderosa de conquista espiritual, y aún intelectual, que suministra una sumisión superior a la ne-

cesidad de pensar y de razonar, incluso cuando las bases del pensamiento y de la razón permanecen discutibles o falsas. Pero pretendemos que, gracias probablemente a la acción acumulada en nosotros del pensamiento cristiano y del clásico, gracias sin duda al rechazo secular de nuestros instintos, del cual han salido revigorizados y purificados, no tenemos ya más necesidad del cristianismo, ni siquiera del clasicismo para encontrar en nosotros esa palanca y admitir esta sumisión. Al renunciar a la vida eterna de la cual no habláis sino apenas, o absolutamente nada, pero que mantenéis como espada colgada de un hilo sobre la cabeza de las pobres gentes; al suprimir en nosotros la idea de los castigos y de las recompensas póstumas, de la cual hemos utilizado, en la conciencia que ha logrado hacernos de lo que nos aumenta y de lo que nos disminuye, las resonancias lejanas, los encuentros inesperados, siempre la invisible presencia, abrirnos un campo más vasto y más fértil que el que ellos cultivaban, y más tónico para la actividad del espíritu. Un campo que ellos han trabajado, es cierto, pero que nosotros sembramos.

No os enganéis. Somos nosotros los que parimos una cultura nueva, y ello dentro del dolor del cuerpo social. Pero no negamos que podáis y hasta debáis hacer entrar en ella lo que puede y debe entrar de la antigua cultura que los pueblos habían creado para sus necesidades y de la cual os habéis poco a poco apoderado sumergiéndola en adornos parásitos, como esa imágenes de las últimas catedrales que ahogaban la rectitud y la desnudez de los contrafuertes, de los entablamentos, de los capiteles y de las columnas, bajo la profusión de los bajorrelieves y de las esculturas. Pero no os engañéis tampoco ahí. Triunfaremos de vosotros, tarde o temprano, y si os elevaremos algún día estatuas, no podrá ser sino después que hayáis sido vencidos. Pues es inútil batiros contra el mundo nuevo, condenarlo y hasta maldecirlo. Estáis actualmente tan estrechamente ligados al capitalismo agonizante, como lo estabáis ayer al feudalismo, y como lo estaríais mañana, si abortase la revolución, a toda forma de opresión natural o sobrenatural de la masa de los productores. Estáis ligados a él como un forzado a su cadena, porque queréis reinar y no podéis reinar más que a condición de que existan multitudes que no puedan criticar, ni juzgar, a falta de una educación apropiada, vuestros raciocinios trascendentes. Podéis, pues, persistir en vuestros juegos que abandonan de más en más rápidamente, para dejarlas en la penumbra en que la llama de los cirios instala un misterio ficticio, la metafísica simplista del cristianismo sentimental, cuyos temas todos habían suministrado las pobres gentes a vuestros escribas. No podréis impedir que vuestros mitos, que estuvieron y permanecen impregnados de una poesía conmovedora, pero están actualmente, más lejos de vosotros que de nosotros mismos, dejen ya de servir de fundamento a las sociedades humanas sino como el recuerdo de símbolos que fueron útiles a la marcha de las multitudes. Ya no pueden creer más en ellos. Sólo pueden retenerlos como símbolos, no

como realidades. Tienen necesidad de nuevos símbolos, porque se encuentran en presencia de nuevas realidades.

Estáis, os ha llegado el turno, en pleno protestantismo — mientras que la Reforma, lo recordaréis, se ha deslizado enteramente sobre el terreno económico en el cual la burguesía nórdica ha fundado el reino del capital. Fracasaréis, pues, como ella, o más bien, terminaréis como ella, en el callejón sin salida social cuyos muros el pueblo estará obligado a hundir para escapar. Tratáis de ajustar una vieja vestimenta remendada por todas partes a formas atléticas para las cuales no fué cortada. Cambiáis sin cesar, tened cuidado, y la Iglesia no debe variar, pues de lo contrario deja de ser Iglesia. Estáis, a pesar de vuestra habilidad, en contradicción con todos sus dogmas. No trato de demostrarlo. No es éste mi empeño y, por otra parte, sería inútil, pues, si no estuviérais en contradicción con ellos, habríais huído de la discusión y estaríais apegados inconmoviblemente a lo que ellos tuvieron, en su origen, de más inteligente y de más puro. Los únicos de vosotros que no quedan atados por las dificultades son el sacerdote humilde y el humilde feligrés, es decir, aquellos que se unirán un día sin vosotros a las jóvenes creencias del pueblo, cuando el pueblo haya vencido, porque ellas le aportaran nuevas certidumbres y nuevos medios de acción.

II

Lo que llamáis, vosotros, la cultura, es decir las recetas mnadarinas de una casta afiliada a una burguesía agonizante, cuyos intereses sirve, vistiéndolos de oropeles idealistas, patrióticos o religiosos, tal cultura se ha transformado en la enemiga de esos simples, la enemiga del pueblo, justamente porque él mismo ha creado la cultura en sus elementos fundamentales, y ahora la ha sobrepasado y desbordado, enterrando su propia creación, por haber desde hace tiempo evolucionado en sus necesidades. El carácter permanente de la cultura que pretendéis defender, no aparecerá jamás al pueblo, sino cuando él mismo haya encontrado sus raíces vivientes, de las cuales os apartáis cada vez más, bajo el conglomerado de las ramas, las hojas, los frutos y todos los adornos, en su mayor parte artificiales, con los que habéis cargado el árbol de la ciencia en la esperanza de corromper al pueblo para prohibirle la entrada del paraíso que él entrevé. Las grandes épocas de la cultura, las que han expresado sucesiva o simultáneamente los partenones, las pagodas, las mezquitas, las catedrales, son el florecimiento de las potencias profundas acumuladas en el corazón popular por sus esperanzas, sus sufrimientos, sus deseos rechazados. Y la cultura, tal como vosotros la concebís, no produce, por intermedio de algunos genios heroicos, más que el pasaje de las síntesis que se han tornado inutilizables a las síntesis en formación. Pero yo no he encontrado jamás, por mi cuenta, sino los sabios y los artis-

tas — los muy raros sabios y los muy raros artistas capaces de aprehender en el correr de las apariencias las líneas de fuerza que unen lo concreto a lo abstracto, el tiempo al espacio y el alma humana al universo — que estuviesen dotados del poder de descubrir estos pasajes. Los exégetas y los críticos pasan siempre de lado. ¿Os lo confesaré? En estos tiempos dramáticos, en los cuales los pueblos se apoderan, con la intuición fulmínea de su realidad profunda, de las armas destinadas hasta hoy a sojuzgarlos —tanto de las máquinas para crear como de las máquinas para destruir— ¿os lo confesaré? me parece innegable que un campesino de Castilla, un obrero de Cataluña, o un minero de Asturias, es, en general, un civilizado más auténtico —por esta sabiduría innata, esta visión global de lo real y lo justo, esta Gracia en suma que los distingue en profundidad— que la mayor parte de los profesores alemanes o de los ensayistas franceses.

La continuidad de la cultura es y no puede ser función más que de su renovación. Es extraño que se rehuse a comprenderlo, dado que la renovación condiciona la vida misma, pues, los hijos de los hombres no pueden perpetuarla o aún conservarla más que adaptando sus formas surgentes a la evolución de los medios que ellos tienen que mantener o transformar. Es a ese fuego incensantemente removido de las muchedumbres que suben a la vida y donde la selección se opera por vías invisibles, —como la transformación, en las entrañas, de los alimentos absorbidos, en carne, hueso ,sangre, o tejido nervioso,— es en esa masa que llamamos "el pueblo", masa moviente y fermental, siempre en contacto con el mundo concreto de los deseos, los disgustos, las humillaciones y las esperanzas, y sobre todo en contacto con las materias a trabajar, donde se asocian la mano y el cerebro, oficio, herramientas, metales para forjar o pulir, tierras para cultivar, barros para cocer, muros para edificar, pan para amasar y pan que ganar. La fábula de Anteo es siempre joven. El espíritu no renace en el cuerpo más que después de tocar el suelo. Se piensa frecuentemente que un escritor, un artista, un creador cualquiera, no hace más que agregar un eslabón a la cultura anterior y que este eslabón se forja en la paz, la seguridad, la calma de un cuerpo social donde las *élites* tenderían a establecer, de padres a hijos, si es menester, su imperio hereditario. La cultura no representa en realidad, más que la terminación de un esfuerzo muy antiguo, tanto como el hombre, el animal y la planta, y esto por el encadenamiento interior de las fuerzas económicas y biológicas, por la circulación, por así decirlo, visceral y oscura, de los largos trabajos y continuados sacrificios que la especie anónima ha realizado, para que ellos florezcan algún día en algunos corazones y fructifiquen en algunas cabezas. Cuando esta tensión secular conduce a la explosión revolucionaria de una gran construcción social, es en esta explosión misma que es necesario buscar la tradición.

Y sobre todo, no nos hagáis decir lo que nosotros no decimos. Sabemos mejor que vosotros que hay en el curso de la Historia largos y confusos períodos en los cuales las masas se engañan, sin duda porque se las engaña adormeciendo con fábulas su fatiga, entreteniendo su pena o su fastidio, dirigiendo su desesperación, su vanidad o su abandono hacia puntos muertos donde su candidez se precipita enceguecida. Son éstos, me parece, los intervalos de la Historia, los períodos analíticos donde el individualismo reina; las fluctuaciones sociales en el curso de las cuales, carentes de una disciplina consentida por todos, los hombres pierden de vista el interés del hombre mismo. Y el fin del mundo helénico, el fin del mundo cristiano, el fin del islámico, el fin del búdico, nos ofrecen el espectáculo de esas dispersiones trágicas, en las cuales cada ser, aislado de todos, no tiene otra cosa para lograr vivir, que el recurso del saqueo, de la esclavitud o del genio. Es justamente en esos momentos, en que "las masas" son presas del mal que creó el mismo individualismo cuando se habla de ellas con desdén. Pero no escribiríais lo que escribís, si no sintiéseis como nosotros que las masas, hasta ayer todavía anarquizadas por las *élites*, toman conciencia de su realidad común, porque ellas han comprendido, al fin, que a todos se impone la elección entre la dispersión mortal o la cohesión liberadora. Se trata aquí de uno de esos fenómenos de brusca cristalización donde todos los elementos vivientes del devenir se unen en la perspectiva clara de sus intereses más próximos, y aún si queréis, de los más toscos. Las formas del hambre moral dependen en este instante de los apetitos materiales. En el momento en que escribo esto, estimo que hay más probabilidades de encontrar a cualquier hombre del pueblo, tomado al azar de la muchedumbre de los comunistas o de los sindicalistas, más nobleza verdadera, más espíritu de sacrificio y más impulso espiritual, que en la totalidad de los círculos económicos, políticos, estéticos o religiosos, que se imaginan guiar a la humanidad y su cultura hacia destinos superiores. Ese fuego subterráneo necesario que buscáis en vano en el marxismo, donde, en efecto no podría existir más que en potencia, o si queréis en estado de equivalencia, nace y crece con la pasión que impulsa a las masas a perseguir en la energía de la esperanza y de la lucha, su desenvolvimiento social. ¿Creéis que hubo otra cosa en los primeros que siguieron a Cristo, admitiendo que esa maravillosa historia no ha sido inventada a posteriori, en la exaltación lírica de un éxito que se adivinaba, ¿creéis que existió en eso algo distinto del deseo de conocer un poco de justicia y de gustar un poco de felicidad? La rebeldía ante lo injusto conduce a la humanidad heroica, sobre todo en tiempos como los nuestros que se pueden calificar de míticos, donde la ciencia especulativa vuelve a crear la poesía del mundo, persiguiendo en la duración la cadena del espíritu, yendo del cromosama perdido debajo del limo del pantano, hasta la llama del genio; en el mismo momento en que ella puede tomar en el espacio el movimiento universal y continuo que

une la danza de los iones a la danza de los soles. La mística nueva nacerá en la confluencia del mito que la ciencia extrae, sin saberlo, de la biología dinámica y de la lucha del pueblo por el pan y la libertad.

Lo sé muy bien. Vosotros os rehusáis a confundir "el pueblo" con "las masas", y si consentís en reconocer al pueblo la virtud de la renovación —eso que yo he llamado antes "la reserva inocente de la especie"— necesaria a las sociedades humanas, no se la acordáis a las masas. Confieso no poder captar bien la diferencia. ¿Será que consideráis a las masas como un material a trabajar, no como un instrumento de creación, que se basta a sí mismo, sobre todo cuando es guiado en su acción por un método constructivo, que no tiene nada que ver con los raciocinios abstractos y los argumentos sentimentales? Lo ignoro. Son éstas, sutilezas que me sobrepujan. Vosotros nos decís que "las masas son restos y no comienzos". ¿Se tiene el derecho de tratar de restos a la base ilimitada en profundidad y en superficie en la cual se edifica el mundo económico y el mundo de las esperanzas que se superpone a sus necesidades? ¿No es éste un sentimiento de advenedizo, más que un sentimiento de aristócrata, como debe ser todo sentimiento cuyas raíces se hundan en los abismos de lo humano?

Las "personas", ya que os aferráis a esta palabra, ¿no salen de las masas subyacentes como la flor sale del árbol, como el árbol brota del suelo? ¿Consideráis como restos al suelo y al árbol? El desconocimiento de las masas, ¿no sería justamente la característica, no de vuestro "personalismo", sino de ese individualismo que repudiáis como nosotros mismos, porque se rehusa a sumergirse en el baño de sangre, de sudor y de lágrimas que es el único que alimenta al espíritu? ¿Cómo un cristiano puede negarse a reconocer que el cristianismo mismo, como el brahmanismo o el budismo, como el paganismo antiguo, ha salido de la masa oscura de los carpinteros, de los pescadores de aldea, las prostitutas, los comerciantes de la ciudad, los descargadores de los puertos y la turba inmensa de los esclavos, a la cual los individualistas se mostraban tan violentamente hostiles, como el individualista de hoy combate los movimientos profundos de la colectividad? Por nuestra parte, entendemos por "masas" los incontables, los diversos, los humildes productores del cerebro y de la mano. Ciertamente, apartaríamos sin gran remordimiento el rebaño de los intermediarios, esa "pequeña burguesía" inmóvil y rutinaria que es precisamente el resto, la espuma turbia y las escorias que se pudren sobre la arena cuando la ola baja, si estuviéramos bien seguros de que es ella la que nos separa de los católicos comunizantes y, sobre todo, si no pensáramos que ella provee a las masas de muy útiles reactivos. Pues es cierto que ella ha perdido el instinto por haber pretendido apartarse de las masas y que no ha encontrado la inteligencia porque su deseo de perseverar en su ser está necesariamente condicionado por su pereza de espíritu.

La "persona" no saldrá más que de un organismo renovado cuya fuerza está en el crecimiento, y cuya lógica está en el desenvolvimiento progresivo de sus necesidades y de sus direcciones. Partir de la persona en vez de partir de la masa, equivale, lo temo, en vuestros espíritus acostumbrados a colocar al comienzo la creación y la elección, a esperar la muerte para conocer la vida según vuestra vieja fórmula, pues vuestra sociedad, lo sabéis y lo confesáis, como lo sabemos y lo decimos nosotros mismos, fabricaba todavía ayer, cada vez menos personas. Pero pensamos también, contrariamente a vosotros, que la persona esperada no puede salir más que de los movimientos interiores que llevan a las masas a tomar, para organizar sus aspiraciones, las palancas de comando de esta sociedad, actualmente anárquica. Mientras que ella estallará si esperáis a disponer de un número suficiente de "personas" para construir el edificio, del cual dáis un plan que por mi parte encuentro demasiado subjetivo, en tanto que el albañil marxista está desde hace tiempo al pie de la obra. Los fundadores del cristianismo, nuestros antepasados como los vuestros, han reclamado al conformismo confesional una obediencia ciega, y han tenido razón. ¿A quién se hará creer, decidme, que los carpinteros y los pescadores de Galilea, las prostitutas de Alejandría, los mercaderes de Tiro, los descargadores de Antioquía, la canalla de Suburra, constituían ya "personas" tan conscientes y tan definidas como Tomás de Aquino? La ciega necesidad los guiaba. Los verdaderos jefes nacen del combate y no hacen más que ordenar las tropas, de cuya hambre participan, y cuyo espíritu iluminan. El marxismo no pretende crear la Historia. Es una constatación crítica y científica de las fuerzas interiores y exteriores al hombre que lo llevan hacia destinos que vosotros pretendéis conocer, pero que aquél más humilde, se guarda bien de definir. Hay que comenzar siempre por el comienzo el descubrimiento del mundo. Si vosotros tenéis la inteligencia, nosotros tenemos las profundidades sangrantes de la necesidad vital, y caéis en el error mismo de los filósofos de la extrema cultura helénica, imaginándoos que se puede reconstruir este mundo con esa pretendida y demasiado satisfecha inteligencia que, por otra parte, si se quiere examinarla siguiendo su virtud constructiva, no está, quizás de vuestro lado. La tradición, a la cual apeláis, la estudiáis desde afuera, como buenos sofistas que sois, mientras que nosotros procedemos a su permanente conquista, que marcha por dentro de nosotros. He nombrado aquí a Marco Aurelio y a Juliano. Ellos no lograron rechazar el cristianismo, siendo cristianos sin saberlo. Porque miráis el sindicalismo con simpatía y el comunismo sin espanto, el mundo católico no será salvado por vosotros. Las masas, hace mil años, tuvieron razón contra los sacerdotes formados por el pensamiento antiguo. Las masas de hoy tendrán razón contra los clérigos formados por el pensamiento cristiano. Los padres de nuestra iglesia no son más profetas iluminados que lo que lo fueron los padres de la vuestra. Son testigos clarividentes de lo que reclaman

las masas para crear y mantener el mayor tiempo posible, un equilibrio nuevo en los corazones.

III

¿Qué aporta, pues, vuestro "personalismo" a ese equilibrio en gestación, si apartáis de él, desde luego, los grandes movimientos unánimes de instinto y de necesidades indispensables no sólo para quererlo, sino también para crearlo? Ciertamente, yo no confundo más que vosotros, las muy nobles tendencias de eso que bautizáis de "personalismo" con ese individualismo del cual mueren las sociedades occidentales. He escrito yo mismo, hace algunos años, que no se trataba para el hombre nuevo de llamarse individualista, sino de ser un individuo. Solamente que, el verdadero individuo no ha aparecido nunca en la Historia más que como una fuerza antitética de la anarquía general de las masas, o por el contrario, como una fuerza cómplice del orden que ellas tienen la misión de edificar de tiempo en tiempo. Nos alabáis la soledad. La conocemos y la amamos. La hemos llamado siempre, y apasionadamente, para auxiliarnos a descender en nosotros mismos. Pero pretendemos que es en el seno de la orquesta al que abandona con amor el fruto más maduro y sabroso de su meditación solitaria, donde el hombre la gusta mejor. Temo que el "personalismo", colocando la carreta delante de los bueyes, y siguiendo en esto vuestro incurable dualismo, tienda a fundar un Estado imperfecto sobre un individuo perfecto, mientras que nosotros, por el contrario, estimamos al uno tan imperfecto como al otro, pero creemos que ciertas medidas generales destinadas a liberar al individuo de la empresa, del dogma, de la familia y de la propiedad y a asegurarle ante todo el pan, encaminarán poco a poco al individuo y aún al Estado, hacia un orden menos imperfecto. Desconfío de las plantas sin raíces. "La persona misma, hace su destino" nos decís. No, es el medio que hace la mitad, y el atavismo otra cuarta parte, del destino de la persona. Y si no escucháis la necesidad de la masa que envuelve como una atmósfera y determina en gran parte la cualidad de la persona, os desafío a que jamás corregiréis el atavismo, ni reformaréis el medio.

Existe, por otra parte, una contradicción interna entre vuestra concepción de la libertad, sobre la cual reposa toda la filosofía cristiana, y vuestro nuevo sistema que renuncia en apariencia al dualismo, origen y salvarguardia, sin embargo, de esa concepción. Pues, ese sistema pretende erigir "la persona", imagen de la libertad, de pie en el umbral de un universo monista, cuyo transporte al terreno social no puedo concebir sin tener en cuenta la acción de los medios y de las masas, y que parece en pleno antagonismo con la idea que os hacéis de la esencia y de las condiciones mismas de la libertad. El catolicismo profesa que el hombre "nace libre" pero que rehusa consentir a su propia libertad. Nosotros, monistas

y biologistas, creemos que el hombre no nace libre —y la más breve mirada sobre la gravitación de los astros, el grado de coagulación de la albúmina y el peso de la herencia, así como sobre las cunas desvastadas por la sífilis, el alcohol, la tuberculosis y el hambre, es suficiente para demostrarlo— nosotros creemos que no nace libre, pero que goza del privilegio de vencer su servidumbre, o por lo menos, de atenuarla. Creemos que lo que llamáis "el Espíritu" impone, a lo que llamáis "la materia", por virtud de una reversibilidad incesante, los elementos de evolución y de revolución que toma de la materia misma. Pero sabemos también, que si modifica su medio, de lo cual Dios no se encarga, aumentar correlativamente sus probabilidades de abrir esos caminos arduos.

Nos decís que "la persona introduce en el mundo una nueva dimensión, la libertad", y estamos con esto más de acuerdo con vosotros, que lo que lo estáis vosotros mismos, que nos confesáis con candor que anteriormente al hombre la libertad no existía — lo que es en efecto, a nuestro parecer, la más grande y sin duda la única gloria del hombre. Y es posible que nos entendiésemos, si no afirmárais por otro lado que el hombre es libre y que no cambia, siendo esta inmovilidad del hombre, según vuestra propia confesión, uno de los argumentos capitales del pensamiento católico; mientras nosotros pretendemos que el arma de la libertad, de la cual puede apoderarse si él mismo y las circunstancias concuerdan en quererlo, lo confiere, precisamente, la facultad de cambiar. Así se aleja de nosotros "la elección" en el espacio del pensamiento, como se nos aleja en la oscuridad del tiempo. No, "la persona" (no es) (1) la única responsable de su salvación. Es la sociedad, por el contrario, la que guarda la mayor parte de esta responsabilidad, porque ocho veces sobre diez, por lo menos, ella condena al hombre, por el solo hecho de su nacimiento, a la imposibilidad casi completa de trabajar por su salvación. Y la Iglesia, confesadlo, al mantener en él la idea de las compensaciones eternas, no ha sido la última en firmar esta condenación.

Es extraño que en el plan social del futuro que esbozáis con una maestría incomparable, os guardéis de hacer la menor alusión a la Iglesia, a la que sin embargo defendéis. Sin duda, pensamos que puede existir un entendimiento al menos provisorio, pero muy puro y muy profundo, entre el pueblo y el catolicismo, y confieso, por mi parte, no conocer nada más noble en la Historia, que esas protestas de algunos religiosos y católicos españoles contra las masacres perpetradas por su ejército y preparadas por la Iglesia, a no ser el levantamiento del mismo pueblo español para arrancar el hierro a ese ejército y el poder a esa Iglesia. Pero no puedo concebir que los que han dejado la razón pura, porque carece de amor, para ir al catolicismo, puedan eximirse algún día, de salir del catolicismo, para ir hacia el comunismo, porque el catolicismo

(1) Entre paréntesis en la publicación original.

carece de probidad. Y me es difícil creer que el entendimiento pueda durar entre catolicismo y comunismo, si el catolicismo no se desembaraza de la Iglesia, lo que lo destruiría de inmediato en su forma, para devolverlo, reintegrándolo en el dominio humano, a la universalidad de su misión.

Cuando se trata del pueblo, y actualmente intentáis hablar como nosotros al pueblo, y en términos muy elevados, se vuelve siempre a Cristo, que es la exaltación del pueblo y la negación de la Iglesia. La insistencia de los mejores de entre vosotros en hablarnos de Cristo, acabará, probablemente, por desposeer al clero de su explotación espiritual. ¿Estáis prontos, católicos comunizantes, a desembarazaros del sacerdote? Perdonadme que os plantee esta pregunta, pero en vuestro noble proyecto de renovación nacional y humana, he buscado vanamente el sitio de una casta que viva al margen de la nación y de las nobles preocupaciones del hombre. Y en los consejos excelentes que prodigáis a la clase obrera para la organización del trabajo colectivo y de la fortuna pública, he buscado infructuosamente el sitio que podría ocupar la Iglesia. ¿Vuestro anti-etatismo, que es simpático, terminaría a fin de cuentas por acordar a la Iglesia esa dictadura espiritual que rehusáis al Estado? Si es cierto, es preciso decirlo, y nos comprenderemos mejor. Pues nosotros no queremos más a la Iglesia. Reconocemos, ciertamente, el gran papel que ha desempeñado cuando no existía una sociedad ni orgánica ni, menos aún, científicamente establecida, y era necesario poner un freno y constituir un contrapeso a la anarquía militar. Pero la Iglesia cesó de sernos útil el día que se dió cuenta de que sólo subsistiría aliándose, más o menos abiertamente, con esa anarquía militar estilizada por la monarquía y la unificación de los grandes Estados. La Iglesia ha llegado a ser así, por la desafección creciente de los pueblos hacia los mitos profundos, aunque pueriles, sobre los cuales está establecida, gracias a la evolución económica que cristaliza poco a poco a la muchedumbre de los trabajadores alrededor de una espiritualidad renovada desde hace un siglo o dos por un pensamiento científico, que toma cada día más un carácter poético, la Iglesia ha llegado a ser un organismo independiente de la sociedad humana, un cuerpo extraño en la carne social. Todo lo que puede ser conservado del cristianismo está, desde ahora en adelante, incorporado a nuestro instinto.

La Iglesia es responsable en una gran parte, sino en la más grande, de esta división de la humanidad en dos clases, que ha demostrado tan cruelmente el marxismo detestado y que reconocen sin embargo algunos católicos, entre los cuales estáis vosotros. Ella ha creado la mística de la pobreza y la de la elección. Ha prometido a los pobres la vida eterna, arrojándolos así a esa inercia de conciencia contra la cual Jesús había intentado reaccionar, y que la interpretación pauliana recreó para servir de nueva base al imperialismo romano. Ella, casi constantemente, ha apoyado, si no aprobado, la dominación del rico sobre el pobre, del señor sobre el siervo, del poseedor sobre el asalariado, del aprovechador sobre el creador, en último análisis, la sumisión del que será recompensado en el cielo por su anulación ante el que conquista la tierra, y ante quien ella se ha enfeudado a sí misma, por una paradoja punzante, pues es gracias a la potencia material del conquistador de la tierra, que ha podido mantener en el pobre la ilusión de un paraíso, necesario para el equilibrio social que ella había realizado. ¿Podéis explicarnos, por qué, en esta "desespiritualización" de los pueblos, que reconocéis como nosotros que ha sido originada por el capitalismo, la Iglesia no ha realizado el papel de defensa y reparación que ella tenía que asumir si su pensamiento era verdaderamente conforme a la idea que tenéis de su función espiritual? ¿Podéis afirmarnos que, por su alianza con el capitalismo, ella no ha participado en esa "desespiritualización"? ¿No encontráis singular que a esta guardiana patentada del Espíritu, se le atribuyan siempre los grandes momentos del Espíritu y jamás sus desfallecimientos? ¿Estáis bien seguros, en una palabra, de que la Iglesia, o aún el cristianismo, tengan la exclusividad sinonímica de la espiritualidad? "El hombre, nos decís, "está hecho a imagen de Dios". Creemos, nosotros, que Dios está hecho a la imagen del hombre, y que no es más que la proyección estática sobre la pantalla idealista de un dinamismo humano en perpetuo devenir. Uno de vosotros me decía un día que "el catolicismo tiene respuesta para todo". Y es exacto, a condición, sin embargo, de admitir algunos postulados —"inmortalidad individual", por ejemplo, o "libertad"— que todo el problema consiste precisamente en demostrar, y en remitir para más allá de la vida, la mayor parte de estas respuestas. ¿No véis, pues, que si el catolicismo ha durado tanto, es porque la ilusión que propaga no es verificable más que en la muerte?

IV

Que en vuestro manifiesto no se hable de la Iglesia, esto sólo demuestra el incurable dualismo al cual pretendéis renunciar en ese mismo manifiesto, y que, en los grandes profundizadores de las almas, es por lo menos tan responsable de la creación de las clases sociales, como la evolución económcia de la cual ha salido el capitalismo. Pues, si hay antagonismo entre la materia y la fuerza, es normal y necesario que haya también antagonismo entre la bestialidad y el espíritu, entre lo que obedece y lo que manda, y por una paradoja que invierte vuestros valores, entre el que crea y el que consume, entre el trabajador y el ocioso, que se confunde así con el elegido. No permitimos más, en cuanto a nosotros, equívocos sobre la palabra materia. No somos más "materialistas" que "espiritualistas".

Reivindicamos el derecho de servirnos de estas palabras protéicas por las necesidades del lenguaje y según las circunstancias en que tengamos que utilizarlas. Creemos que "lo espiritual" es la chispa que salta al contacto de la inteligencia y la sensualidad, y que no es concebible fuera de las relaciones compenetradas y contínuas de eso que vosotros llamáis "espíritu" con lo que llamáis "materia". Miramos al uno y a la otra, como simples modos de una sustancia indivisible que reobran el uno sobre el otro en ese estado infinitamente complejo de reversibilidad recíproca del cual hablamos a propósito de la libertad. Pensamos que toda mística reposa sobre el testimonio subconciente de una vida interior incesantemente en devenir, que refleja nuestra evolución biológica en sus relaciones siempre solidarias con la evolución universal, y que, para el mantenimiento de nuestra voluntad de acción y de nuestra embriaguez lírica, no llega jamás a fijar totalmente su propio devenir, en ideas definitivas y en imágenes exactas. Ahí está el misterio para nosotros, y no en otro lado. Si intentáis situarlo fuera de nosotros mismos, cortáis el mundo en dos.

Es cierto que os unís al monismo, pero por vías oblicuas, ilegítimamente, y olvidáis esta adhesión fastidiosa, en el curso de vuestra argumentación. Véis por todas partes y siempre, lo que nosotros hemos cesado de ver, movimientos sin forma y formas sin movimiento. Nos demostráis a maravilla lo que sabemos y afirmamos desde hace años, que el cristianismo medioeval, es decir, el más alto momento de la civilización llamada cristiana, era monista, pero no parecéis daros cuanta de que, gracias a esta misma constatación, retiráis furtivamente de debajo de sus pies el zócalo sobre el cual ella había edificado la forma cristiana, arriesgando así que ella se derribe y se quiebre. Pues es llano que si la Edad Media fué monista, no pudo ser específicamente cristiana, pues, se colocaba entonces en una posición netamente antagónica frente al cristianismo, ya que el dualismo, digáis lo que digáis, no data de Descartes, al que reivindicabáis como vuestro no hace mucho tiempo, sino que surge en línea recta de las raíces helénicas de vuestra confesión y más legítimamente aún, de San Pablo. Si queréis libraros de él, debéis renunciar a San Pablo y también a Dios mismo, porque el monismo para vivir, debe renunciar a la existencia antinómica de la creación y el creador. No ignoro el sentido profundo del misterio de la Trinidad consubstancial, monista en apariencia. Incluso reconozco en él, con emoción, un símbolo anticipado y perfectamente aceptable de un monismo que la ciencia de nuestros días restablece en su dignidad espiritual. Y percibo bien, en esa concepción atrevida de la filosofía greco-alejandrina, una respuesta anticipada a las objeciones cuya aparición más o menos próxima preveía ya su intuición de lo real, y que prepara el camino al maestro de obra y a los imagineros. Pero también percibo en ella una refutación flagrante del paulinismo y una respuesta, en suma, bastante débil a la

antinomia *esencial* que debe necesariamente existir, tanto sobre el terreno metafísico y moral, como sobre el científico, entre una conciencia primera anterior a "la materia", independiente de la "materia", y esta materia misma, creada por esta conciencia y, de consiguiente privada del poder de reaccionar sobre ella y aún de modificar la naturaleza de sus direcciones. Entiendo que este monismo, por más heroica que pueda ser la tentativa intelectaul que representa, está obligado, para mantenerse con todas sus consecuencias en el dinamismo humano, a no ver en "el Padre" más que una expresión simbólica, pero inconsciente, del movimiento universal. El "Espíritu Santo" no desciende en "el Hijo", que es el hombre. Es del hombre que sube, por lo contrario, y sólo del hombre, a fin de dotar de conciencia humana al movimiento universal y de introducir en él, al mismo tiempo, la libertad, para dirigir su mecanismo hacia el mejoramiento de la grandeza del hombre. Pero dentro de los límites infranqueables de los cuales ese mecanismo impide al hombre salir.

¿Creéis o no creéis, todavía, que existen dos mundos, éste de la Tierra en el curso de la vida, y el del cielo después de la muerte?

Si lo creéis, dadnos de esta aserción una explicación científica y no mítica. Si no lo creéis, mantenéos en esa explicación mítica, y uníos sin restricción a los simples en la creencia que les habéis enseñado, con el terror secreto, según pienso, de que se desprendan de ella antes que vosotros, dejando enmohecer a los maestros que han finjido quererlos acompañar por móviles ocultos de dominación secular. Nos decís que el marxismo niega "lo espiritual como una realidad autónoma, primera y creadora". Si sois verdaderamente monistas, ¿por qué reprocháselo?

En verdad os lo digo. No podréis apoderaros del monismo, como habéis intentado sucesivamente apoderaros de la razón y la ciencia; y ha sido necesario, lo reconozca, muchos trascendentes esfuerzos para llegar a evolucionar entre los escollos que cada día imagináis franqueados, pero que defienden tan estrechamente el continente cuya conquista hacemos, que no penetraréis en él con nosotros sino abandonando en su dédalo el navío destrozado de la Iglesia. Abrimos ampliamente la puerta de nuestra casa a los grandes católicos que se colocan, contra los Príncipes, al lado de los pobres, pero a condición de que no sujeten el batiente de esta puerta para dejar entrar a la Iglesia detrás de ellos.

Atribuís al catolicismo el renacimiento de la vida interior que, en efecto, parece en estos momentos, estremecerse por todas partes a flor de conciencia. Pensamos, nosotros, que este episodio de su historia — de su muy grande historia — expresa, sobre todo en estos momentos, la angustia y el terror de los poseedores, los irresolutos y los débiles delante de este desconocido formidable, del cual este renacimiento es el signo en todas las direcciones de la actividad y del espíritu. Nosotros no tenemos necesidad de él para tomar posesión de nosotros mismos.

El movimiento profundo y continuo, que sustituye delante de nuestros ojos el reino de las nociones de enfermedad, renunciamiento y humildad que invocaba la Iglesia para establecer más fácilmente sobre el mundo su dominación temporal, por el reino de las nociones de salud, de autoridad y de poderío, es una necesidad de orden económico y biológico cuyas consecuencias aceptamos. No queremos que los pobres sean todavía, como lo fueron hace dos mil años, las víctimas de esta inversión grandiosa de los valores que parece ser la ley periódica de la Historia, como los cambios del ritmo de los pasos sobre el camino que sigue un viajero fatigado. Son ellos quienes llegan a ser la salud, la autoridad y el poderío que miramos desde ahora como los tutores más seguros de la generosidad, de la libertad y de la justicia. Sólo es necesario que ellos lo perciban, para que el mundo sea salvado.

Élie Faure

(Traducido de la revista "Europe", N.o 172, de 15 de Abril de 1937, especialmente para ENSAYOS, por D. de Giorgi).

EL PLAN TRIENAL DE CUBA

Es mi propósito analizar con alteza de miras, objetivamente, sin prejuicios, sin personalismos ni reservas, el Plan Trienal presentado a la prensa por el coronel Batista.

Conviene precisar, ante todo y sobre todo, que el llamado Plan Trienal o Plan Batista, no es original del Jefe del Ejército: es el plan de la revolución cubana. Los enunciados básicos del proyecto se encuentran contenidos en calidad de postulados fundamentales en los programas de los sectores revolucionarios: función social de la propiedad; banca nacional; establecimiento profuso de bibliotecas y centros culturales en toda la Isla, reforma tributaria; regulación del derecho de herencia; coordinación de la industria del azúcar inspirada por el propósito de proteger contra el latifundismo al obrero del campo y al pequeño colono; implantación de seguros sociales contra la enfermedad, vejez, invalidez y muerte; introducción en los negocios del jornal progresivo; intensificación de los actuales y nuevos cultivos; combatir el absentismo; colonización agrícola mediante la reivindicación de las tierras del Estado y deslinde de los realengos, para proceder a la distribución de las que por este medio se recuperen y las que por el Estado se adquieran; entrega a los campesinos de lotes provistos de casa higiénica, animales, aperos de labranza, semillas y la correspondiente subvención en metálico.

Estas proposiciones, sin duda de ninguna clase, son de recia envergadura revolucionaria. Por propugnarlas, hasta hace muy poco, lo acusaban a uno de comunista y lo mandaban a la cárcel. Ahora las ha hecho suyas el coronel Batista. Ellas abarcan los aspectos fundamentales del programa de los sectores renovadores. De él han sido extractadas. Su cumplimiento, representaría, pues, la realización del programa revolucionario, la satisfacción de los anhelos nacionales, la transformación básica de las formas políticas, económicas y sociales de la República. Ahora bien, no está el mérito en enunciarlas sino en ponerlas en vigor, y eso es —a mi modo de ver— lo que no se puede hacer bajo las circunstancias que nos rodean. ¿En qué fuerzas sociales se apoyaría el Jefe del Ejército?

Reservas mentales

El proyecto se lanza a fondo contra intereses poderosos que, dentro del marco colonial, tienen en sus manos la hegemonía económica de la

República, hegemonía que no se dejarán quitar sin presentar batalla, sin defenderse con todas las armas a su alcance. En realidad, por el presente, esos intereses no se sienten intranquilos: no creen en esa sinceridad revolucionaria. Sólo ven en el Plan Trienal un procedimiento justificativo de Batista para mantenerse en el Poder y suprimir las actividades políticas. No conciben que Batista denuncie la alianza con ellos, renuncie a la función cómoda y apacible de conservador del orden establecido, por el papel más responsable de reformador social.

Además, se sienten tranquilizados en cuanto a la peligrosidad del proyecto al ver los máximos adalides de la reacción, a los campeones del absolutismo monárquico, a los enemigos jurados de todo lo que signifique reforma y liberalismo, figurando como paladines y voceros de las medidas socializantes propugnadas por el coronel Batista.

Si el coronel Batista habla con seriedad, si es cierto que aspira a trocar su papel por uno de más alto rango y significación histórica, cumpliendo los postulados básicos de la revolución, yo seré el primero en felicitarlo, pero inmediatamente que se aperciban de su sinceridad los señores feudales de la economía cubana —hoy sus aliados— se volverán contra él, haciendo acopio para combatirlo de los más variados recursos financieros, políticos, diplomáticos y de sabotaje y de propaganda.

Para vencer la resistencia de los monárquicos de la economía se requeriría, fundamentalmente, la movilización en masa de la conciencia popular, el apoyo místico y fervoroso del pueblo entero en favor del programa revolucionario. Y para alcanzar ese estado de sublimación política, condición *sine qua non* de toda transformación social, no hay más camino que la Asamblea Constituyente Soberana.

("Luz", de la Habana, 30 de julio de 1937).

* * *

El Plan Trienal no es otra cosa que una síntesis dogmática de los programas revolucionarios. Estoy, pues, como revolucionario que soy, de acuerdo con el Plan Trienal. Pero, hay en relación con él dos cosas con las que no estoy de acuerdo en absoluto:

a) Los voceros y colaboradores del Plan.
b) Los propósitos malabaristas que los animan.

¿Cómo es posible que el Partido Liberal —el Partido de Machado— se convierta en el paladín sincero de un proyecto socializante calcado del programa de la revolución antimachadista?

¿Cómo es posible que el máximo campeón de la monarquía absolutista y el orden establecido se convierta —sin propósitos malabares— en el *leader* supremo de un proyecto socialista?

¿Cómo es posible esperar de los hombres que durante un cuarto de siglo han representado en Cuba todo lo que encarna reacción y venalidad, que se adhieran ahora —sinceramente contritos y arrepentidos— a un plan de reformas que va contra su propia naturaleza y ataca sus sagrados intereses?

Todo ello es algo absurdo y sin sentido. Es cosa que sólo se puede concebir en Cuba, el país de las paradojas.

Hay algo que conviene aclarar sobre el Plan Trienal. Muchas de las medidas básicas del Proyecto fueron acometidas por el Gobierno Revolucionario durante los cuatro meses que estuvo en el Poder la Revolución: meses aquellos de agitación desbordada, de oposición frenética. ¡Ni siquiera el Gobierno de Machado tuvo tanta oposición! Sin embargo, a pesar de las conspiraciones, las insurrecciones (una insurrección por mes), las campañas de prensa, etc., en sólo cuatro meses el Gobierno de Grau San Martín hizo —entre otras muchas cosas— las siguientes:

Terminar con la explotación de los usureros (Decreto Nº 2701 de nov. 17 de 1933).

Creación de la Secretaría del Trabajo para regular las relaciones entre el patrón y el obrero, el trabajo de la mujer y el niño, los accidentes del trabajo, horario, descanso obligatorio, etc. (Decreto Nº 2142 del 16 de Oct. de 1933).

Establecimiento de relaciones entre la Secretaría del Trabajo y la Oficina Internacional del Trabajo. Una de las leyes más importantes de Grau.

Hizo posible que las leyes sociales aprobadas en Ginebra con posterioridad a la caída de Grau se pongan en aplicación en Cuba. Las leyes que en el futuro se aprueben en Ginebra a favor de los obreros regirán en Cuba por esa disposición de Grau. (Decreto Nº 2355 del 26 de oct. de 1933.)

Arbitraje obligatorio para evitar la perturbación de la economía nacional por huelgas injustas o *lock-outs* (Decreto Nº. 2975 del 6 de diciembre de 1933).

Para evitar que agitadores extranjeros entorpecieran la producción, se dispuso que para ser dirigente de un sindicato precisaba ser cubano mayor de edad, saber leer y escribir, carecer de antecedentes penales por delitos comunes y tener capacidad técnica. (Decreto Nº 2005 del 13 de nov. de 1933).

Prohibición de pagar sueldos, jornales, etc., por medio de fichas, vales o tickets. Ley Arteaga. (Decreto Nº 2689 del 17 de nov. de 1933).

Rebaja de la luz eléctrica de 17 cts. a 9.65 cts. en toda la Isla (Decreto Nº 2974).

Y todavía queda la formidable legislación sobre el azúcar (la mejor obra de Grau), la ley de ocho horas, la nacionalización del trabajo, etc., etc.

Todo eso se hizo en cuatro meses.

¿Qué han hecho desde el 18 de enero de 1934 hasta la fecha los señores gobernantes y políticos que tan entusiastamente se han adherido al Plan Trienal?

Frente a la política de los hechos practicada por el Gobierno Revolucionario contrasta la política de las promesas practicada por la reacción.

("Luz", de la Habana, 2 de agosto de 1937).

Eddy Chibás

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

ARTURO ARDAO Y JULIO CASTRO. — "VIDA DE BASILIO MUÑOZ". — Los autores de "Vida de Basilio Muñoz" (1) quisieron que la carátula misma fuera un anticipo de la intención editorial; el rostro de Basilio Muñoz con su enérgica serenidad, movimiento contenido pero a la vez libre, mirada que ordena y convoca, rictus del gesto asociando la firmeza con la voluntad; el invicto caudillo "hombre de ayer, de hoy y de mañana" anuncia la devoción y el respeto. Este es el verdadero prólogo del libro al que las palabras iniciales del Dr. Quijano refuerzan y autorizan: "Todo pasa, dice Quijano. Pero frente a la muerte y al servilismo —muerte también—, ahí está Basilio Muñoz, vencedor de la muerte, combatiendo sin tregua, espejo de hombres." Desde las primeras palabras, como desde la estampa, admiración y admiración sin tregua. Arturo Ardao y Julio Castro debieron esforzarse y su penuria es manifiesta en algunos pasajes, por arrancar de su entusiasmo la explosión subjetiva, el himno y el encomio que representarían mejor sus almas, pero eligieron confinarse en una tarea de narradores de gesta, voceros y pregón de la hazaña.

Y es que, el material recogido para construir la vida del caudillo rezumaba heroísmo por sus cuatro costados. Heroísmo invertebrado, lanzado al azar, sin medida, con la opaca trascendencia partidista; porque es heroísmo español, fuerza de la sangre y nobleza del alma, al que ponía en movimiento la oscura intuición de la libertad. Los grupos de hombres alzados contra la prepotencia, no constituían conglomerados de conciencias sino de pasiones; pujanza de la hidalguía, de los bien nacidos; protesta y rebelión de entrañas y por eso más profunda raíz de energías e indomable persistencia. Los nombres que desfilan, infinita sucesión de apellidos, por más que señalan estirpes, no aluden sin embargo a otra cosa que a una población; es un pueblo con su escarapela, una campaña con su ardiente vitalidad, los que van rechazando individualidades y afirmando una

(1) El tema de la obra lo representa una búsqueda de la tradición heroica y civilista del General Basilio Muñoz, la que se inicia con sus antepasados, en las guerras de la independencia y se proyecta hasta nuestros días, con la Revolución de Enero. Al lado de lo apologético, que está siempre contenido, aparece un matiz profetizante que son los que dan carácter a la obra. La editó "Acción".

preclara identidad nacional. Todos los paisanos del campo y los "manates" de la ciudad, están confundidos y entrelazados, despersonalizados por el grito de guerra que el caudillo proclama desde la cuchilla. Y en todo caso, sólo el nombre del caudillo vale; verdad ésta de una teoría de la historia y de una comprensión consciente de lo social. Pero, Ardao y Castro, al acercarse a los testimonios, comprendieron el valor expresivo que tiene para el relato la vinculación con cada uno de los actores; individualización que no desarticula ni quebranta, que reaviva, en cambio, el fuego personal que cada uno lleva, cada ser, cada existencia. Porque lo que queda sobre el campo después, con la muerte, es la vida de José, de Pedro, de Francisco. Se muere uno solo y es hacia la muerte que enfilan, organizándose por consigna de abrazo y simpatía, las huestes de la guerrilla.

* * *

Dijimos la importancia para el relato, de esta aproximación a cada uno: lisonjearlos con un recuerdo, alentar las sombras y por sangre de lenguaje reanimarlos en su polvo. De esto vive precisamente el relato popular. De estos nombres encomiados y enaltecidos por la cita se han construído las antiguas epopeyas; de la Ilíada al Poema del Mío Cid, una vivencia de contornos humanos, aguerrida estampa del héroe, ha ido repitiéndose por el juglar. Ningún oficio más inteligente que éste de cantar al pueblo, de recordarle y crearle sus glorias. Requiere el conocimiento de la susceptibilidad y del corazón y la técnica de los caminos emotivos por los que hay que andar para acercarse al propósito. Así han procedido Ardao y Castro. Retuvieron y valoraron la participación de los más humildes; eso cuenta mucho para el auditorio y más cuando las plazas están ocupadas por un pueblo que quiere antecedentes, que necesita antecedentes, que tal vez sólo por estos antecedentes es capaz de moverse, y, entonces, los nombres que vienen de toda la República, —ignorados, sin sentido, aún anónimos por más que se perfilen en voces—, se toman en lucha para salvarse de la ceniza. Allí está España sin nombres, pero los poetas retienen alguno en la trinchera y nos piden perdón por no incluir a todos.

* * *

Los poetas hacen eso y estos autores han hecho lo mismo. Pero no en función de poetas, sino de cronistas. Les ha faltado el valor para convertir sus propios entusiasmos en levadura encantadora y han dejado que todo lo dijera la nomenclatura, olvidando que la mano creadora era la suya y que todo lo tenían a su alcance generoso y en exceso. Uno pasa las páginas lamentando una premura periodística que concede demasiado a la información y desearía que de pronto, cualquiera de los episodios se detuviera en el tiempo y el lenguaje comenzara a darle la superrealidad que navega cabe el hecho y que angustiosamente tira hacia nosotros con su

presencia: "no me deje morir... no me dejen morir." Una falta de entrañas en estos jóvenes cronistas; la epopeya reclama lo maravilloso, y no como un adorno. Es que la epopeya es la maravilla del hombre y su destino; una fuerza recóndita que nace de una sobrenaturaleza y jinetea sobre nuestro débil lomo transformándonos en seres de fábula y de leyenda. ¿Y de qué manera podemos contemplar nosotros, con nuestros ojos actuales limitados y conscientes, el mundo del sacrificio y de la pasión, el renunciamiento de la vida, sino así como don Quijote contemplaba a los galeotes, con sus tremendos ojos de ilusionado y su débil musculatura de héroe? No están tan alejados los héroes: en la vida de Basilio Muñoz, podemos llamarlos con sus nombres de pila, abrumarlos con nuestra consideración y envidia. Porque aunque los autores se hayan percatado del vuelo que tomaría su trabajo, sin embargo, una modestia de militantes, una pesada envoltura de razón hizo que consignaran simplemente el suceso, sin trascenderlo, ni iluminarlo.

* * *

Es pues, crónica y es por lo tanto sujeción. Quisieron que las palabras fueran cautas y prefirieron la verdad de la historia a la verdad de la poesía. No sería reproche el nuestro si no advirtiéramos que esta indiferencia pudo haber sido calculada: por las últimas páginas viene un Basilio Muñoz arrancado de la narración con aspiración de presente: "la más alta bandera del pueblo uruguayo en sus aspiraciones de libertad política y de independencia económica." Parecía entonces necesario sacrificar el resto de la nave para salvar este postulado. Ignorar o desechar los perfiles para que no pareciera intencionado este rostro. Juego de razón, disposición lógica, remate de un gradual ascenso de planos hasta dar con el monumento.

* * *

Y sin embargo, no es Basilio Muñoz, ni su vida, el protagonista. Más que una figura, lo que repiquetea con su prolongada intervención, es el pueblo nacionalista. De una sana y admirable nacionalidad: nunca el concepto de nación más preciso que cuando lo adoptan estos que defienden la libertad. Un pueblo sin libertad puede constituir un Estado, que es una entidad jurídica, reemplazable a voluntad; pero la nación es el pueblo continuándose en su dolor; y en este libro, los que aparecen con la ofrenda en alto, son los encarnizados perseguidores de independencia. Libertad adorable que les viene en la sangre por ancestral circulación y que maneja sus conceptos de sencilla e ingenua construcción. No es Basilio, sino el pueblo. Y es porque, Ardao y Castro, han visto demasiado al caudillo en su rastreo de testimonios y el caudillo, como es natural, les mostró su pue-

blo. Si hubieran ido con más frecuencia al pueblo, el pueblo les hubiera mostrado a su caudillo. Porque uno se ve en el otro, como en un espejo.

* * *

Mientras no se organiza la escuela ni se fundan los institutos de segunda enseñanza o la Universidad, la juventud se educa junto a los mayores. Es la vieja educación patriarcal, tan decaída, pero que está en nosotros ennoblecer. Hay generaciones de hombres, entre los del 900 y nosotros, que no pueden ilustrarnos en algunos aspectos de la acción. Son los que vivieron con la legalidad y no murieron con ella (2). En cambio aquellos patriarcas del 900 reclamaron la libertad y sin tenerla, morían en su nombre. Ellos sí, fueron educadores de esa virtualidad del ejemplo que vence toda cresta de razón y coraza de conocimiento. Educación ejemplar por la participación directa en los hechos de conciencia, o con el riesgo y el martirio cuando todo viene de la voluntad. Así anda, recogiendo estas espigas la juventud de aquellos años, con la memoria impresa de realidades y el laconismo de la obediencia o el mando, según las jerarquías. Y del cuadro heroico que gustan con más entusiasmo que nosotros los hombres del medio rural, los que sin ser actores o que siéndolo, valoran con otra medida la descarnada narración, surgen las pedagogías claras y limpias, con la rigidez de las cartillas que usan los fundadores y que no pueden doblar sino con mano herida por su propio holocausto. Necesitábamos estas páginas y hubiéramos deseado que el amor se desatara en ellas, fecundándolas, y nacieran como en toda épica, las metáforas vivas y refrescantes, la alegoría y el mito, el ensueño y lo maravilloso. De esta manera la verdad brincaría en torno con menor responsabilidad pero con persuasión más honda.

* * *

Un Basilio Muñoz proyectado en el presente. Los autores han tenido en cuenta lo que puede representar no sólo este ejemplo, sino también esta conducta y más, han depositado en él su confianza sentimental e ideológica. Ardao y Castro, como lo advertimos anteriormente, han visto el pasado con ojo intencionado; quizá entonces la historia se negó a ilustrarlos con toda su doctrina. Los hombres del pasado, son del pasado. De ese pasado heroico; y de ese tipo de heroísmo es Basilio Muñoz. Por él vieron al pueblo y él es el pueblo mismo, inconfundibles y sin embargo confundidos como en el verdadero caudillaje. Esto mismo nos está señalando un límite y un campo. No le exijamos al tiempo que nos devuelva las figuras remozadas porque el tiempo puede cambiarnos la fi-

(2) Esta apreciación, como fácil resulta deducir, proviene de nuestro miraje desde lo heroico.

sonomía del alma y hacernos caer en la ilusión. Hemos visto en el libro cómo todo está entrelazado, hombre y paisaje, naturaleza y conciencia. La desorganización es casi un método y la bravura es la primera razón de la estrategia. Paisaje abierto, serranía, monte. La naturaleza ha virado con las generaciones y si la campaña es la salud, el pueblo está ahora en la ciudad y este pueblo es otro pueblo. Ah, no dejemos morir, sin embargo, esta creencia en el valor. Si bien no podemos tender nuestra esperanza hacia el anciano caudillo, no levantemos demasiado el velo. Comprendemos que para organizar una crítica que no sea la expresión de una teoría, estamos en la obligación de probarnos midiendo nuestra actual templanza con su indomable capacidad para la resistencia y la rebelión.

E. Centrón

LE DROIT A LA VIE, por G. Rodrigues. — Editions Liberté. — París, 1936. — Damos cuenta de la tercera edición corregida de esta obra, aparecida por primera vez en 1934, hecho que testimonia suficientemente la difusión que alcanzó en tan corto plazo de tiempo. Y sin duda, aunque levante ciertas resistencias y objeciones legítimas, merece que se le conceda atención por la innegable nobleza de su inspiración y además porque aún complementadas y corregidas sus conclusiones, subsistiría la materia de observaciones y la ordenación de ciertos hechos que les sirven de base, sobre los cuales por otra parte tal vez nadie ha elaborado una construcción tan radical y en ciertos aspectos tan unilateral.

Aún sin atrevernos a decir que posee una base verdaderamente objetiva porque las interpretaciones se mezclan en todo, no puede dejar de reconocerse que a la legitimidad de su orientación —la consideración del individuo y la libertad como lo primordial— agrega el mérito de llamar la atención sobre lo que una interpretación más segura y respetuosa de los hechos, rectificaría en el grado de apreciación o mostraría la complicación, allí donde el autor cae en una simplista sistematización, que parece ser el constante punto débil de la obra. Porque, en efecto, no se trata sólo de que una doctrina se base o no en hechos sino además de que los aprecie en su grado justo y de que presente a la vez todos los que deban ser tenidos en cuenta. La gran dificultad de teorizar en estas materias proviene precisamente de la extrema complejidad de los hechos, de la dificultad de aislarlos como tales, distinguiendo la observación verdadera de la espuria que va envuelta con interpretación inadvertida, en una palabra, de considerar, observándolos bien e interpretando bien, a la vez, todos los hechos y sus relaciones, para lo que se requiere no solamente partir de observaciones exactas sino también de principios legítimos. Y por-

que en este dominio tal vez más que en ningún otro los criterios sistemáticos y simplistas son cuestionables, es que este libro que puede seducir a primera vista por la claridad y simplicidad de sus desarrollos suscita sin embargo las sospechas del sentido crítico.

Esa crítica que debe ser encarada desde un doble punto de vista, económico y filosófico, no somos nosotros los encargados ni los autorizados para hacerla; nos limitamos a indicar que es imprescindible, compruebe o rectifique las conclusiones del autor, y a señalar de pasada en algunos aspectos fundamentales ciertas confusiones posibles.

Un examen y una concepción del estado económico, que para el autor es definitiva, es el punto de partida y la base natural de la doctrina del derecho a la vida. El punto fundamental de este examen es que el presente estado económico no es de crisis, sino algo compltamente distinto: un cambio total de régimen económico, una verdadera revolución económica. El síntoma, la característica más importante del actual estado de cosas es la desocupación; una desocupación de una extensión general en todos los países civilizados por una parte, y por otra de una duración, a pesar de todos los paliativos artificiales, continuada desde 1929 a la fecha sin que todavía hoy se pueda entrever la salida natural de este fenómeno. Y es que en el fondo no la tiene, porque es, no un síntoma de un estado patológico de crisis, sino la manifestación de la transformación profunda, total de la economía que operada bajo nuestros ojos no sabemos, sin embargo, percibirla. Ahora bien; partiendo de esa proposición general, de que "estamos instalados definitivamente en la desocupación", el autor llega a la conclusión de que el hombre está llamado a trabajar cada vez menos, porque la máquina trabaja y trabajará cada vez más por él. Sostiene así que la revolución económica a que estamos asistiendo sin darnos cuenta de su significado y de su alcance verdadero no tiene una causa política ni específicamente económica sino científica y técnica. Y además que la idea esencial que se desprende de todo ello es que el "orden social no puede continuar fundándose sobre el trabajo" ya que la desocupación prolongada y generalizada marca el pasaje caótico, doloroso, de la era del trabajo a la era de la comodidad, de la facilidad y hasta el ocio.

Pero, expresa, a esta característica del estado actual de riqueza colectiva, de abundancia, en que la producción tiende al infinito y el trabajo a cero, se agrega otra, la de la miseria individual. Es que la consecuencia económica más importante del prodigioso progreso técnico es la "universal desvalorización de los valores" porque lo que ocurre, según el autor, es que el mundo va a cambiar de bases, en plural más que en singular. Reposaba sobre dos que ahora se derrumban: el trabajo que pierde progresivamente su salario y el capital que corre en vano detrás de su provecho, al tiempo que se derrumban también las distintas monedas consagradas a su común remuneración. Todo esto, sostiene, en

un mundo en que todo abunda y superabunda y porque todo abunda y superabunda.

Así se le aparece, desesperante y paradojal a la vez, la situación actual, de la que no se puede salir sino por una transformación total de la economía que se operará revolucionariamente, de una manera técnica y no bélica, en que la violencia quedará reducida al mínimo. Su finalidad será consagrar el derecho a la vida para todos los seres humanos. El orden social no reposará sobre el trabajo y sobre la idea correlativa de provecho individual. Así para el autor el único obstáculo al progreso (en lo que se manifiesta el espíritu unilateral y sistemático de sus puntos de vista, como también por otra parte al presentar, como lo hace, su doctrina como "la única solución al problema social"); ese único obstáculo es la propiedad individual, que presenta al principio sin distingos pero que después establece entre la posesión de los medios de producción que comportan la explotación del trabajo de otros y la de los que pueden no comportarla. El orden social, sostiene, en lugar de estar basado en el provecho individual y consistir en un problema de producción, se basará en la fórmula de Bentham, el mayor bienestar del mayor número y el problema a solucionar será primordialmente un problema de distribución y accesoriamente un problema de producción.

El consumo o una política del consumo, como él la llama, toma entonces el primer lugar, basada en el principio de que el consumo debe dirigir la producción y las necesidades de los consumidores serán tenidas en cuenta antes que nada Resulta de ésto, según el autor, el establecimiento de un mínimo vital para todo individuo, cualesquiera sean sus condiciones de edad, sexo, raza, nacionalidad, religión y de situación social, incluso de su capacidad o incapacidad de trabajo. Mínimo vital que se tenderá a hacer lo más grande posible según el rendimiento progresivo de la producción, constituyendo más exactamente un mínimo-máximo, según la expresión del autor, que en el caso de los individuos aptos para el trabajo tendrá como contrapartida la obligación de un servicio civil de trabajo, que al revés de aquél se procurará reducir al mínimo de duración y de fatiga, teniéndose también en cuenta, además naturalmente, de las necesidades colectivas, las aptitudes y preferencias de los individuos.

Después de esta política del consumo se establecerá una de la producción, que en lugar de basarse en el provecho individual se basará en la primera, es decir, tenderá a la satisfacción de las necesidades generales. Una nacionalización progresiva se efectuará sobre los capitales privados y las que puedan conservar su carácter individual se organizarán en cooperativas. En lugar de considerar la destrucción de productos o de instrumentos de producción, que por una aberración en la actualidad se admiten como soluciones económicas, se la castigará como un crimen social y además se procurará por todos los medios posibles

llevar al máximo el rendimiento de la producción, sobre todo por un plan de producción que establecerá un Consejo de la Nación; también proporcionando a las empresas un conjunto de individuos científica y técnicamente preparados y finalmente por un doble contralor técnico y económico.

En tercer lugar el plan constructivo reorganizará la trasmisión de las riquezas en la que el autor incluye los transportes, el comercio y la banca. Un mismo criterio general presidirá la reorganización de todos ellos, que el autor considera como modalidades de un mismo fenómeno económico, por distintos de naturaleza que a primera vista parezcan: los trasportes serán multiplicados y racionalizados para resolver los problemas que creará una producción reglada por las necesidades del consumo por una parte y llevada al máximo por otra, como el trasporte de viajeros en un régimen, en que además de los actuales se producirán grandes desplazamientos de toda naturaleza por la reducción en gran escala de las jornadas de trabajo. El comercio, que en su forma actual considera completamente parasitario, se transformará en absoluto, perdiendo su carácter mercantil, dejando de ser una transacción para convertirse en una organización en que se elimina el régimen contractual, en una simple trasmisión. La banca que G. Rodrigues considera tan parasitaria como el comercio pero mucho más nefasta que él, porque en la economía capitalista es la institución soberana, sufrirá también una transformación completa. En la sociedad bosquejada en esta obra, en que naturalmente no tendrá lugar el régimen de los precios, en que las nociones de precio de fábrica y precio de venta no tendrán sentido, el mecanismo bancario se convertirá en un modo de trasmisión que en medio del plan general de edificación y de distribución y en conocimiento de las necesidades de los productores y de los modos de satisfacerlas será una verdadera función de relación entre ellas.

Dijimos que no íbamos a hacer un juicio crítico de esta obra, pero que indicaríamos ciertos peligros y confusiones. Al carácter general demasiado simplista ya señalado, agregaremos más concretamente, el optimismo económico —extremo opuesto de Malthus— que a partir sobre todo de algunos hechos señalados por lo tecnócratas hace caer al autor en lo utópico y tal vez hasta en la ingenuidad, optimismo que en general nos parece constituir un caso típico de no tener en cuenta a la vez todos los hechos y de considerarlos en su grado justo, porque si bien el desarrollo del maquinismo hace prever una cierta sustitución del hombre por la máquina, creemos que razonablemente no puede dar origen a conclusiones tan radicales como las que saca el autor.

La base de hecho de su criterio general que hace radicar el problema primordialmente en la distribución no puede considerarse, pues, de ningún modo como segura pero aún dejando esto de lado, parece levantar más dificultades de las que el autor percibe. Sería sin duda legítimo someterlo a las cuestiones ¿cómo se distribuye? y ¿quién

distribuye? que Vaz Ferreira le planteara al omni-socialismo y que constituyen como un reactivo para indagar si se ha teorizado pensando concretamente el funcionamiento real de la doctrina. Aunque en una medida menor, ellas lo forzarían a decidirse, como a aquél, por uno de los términos del dilema enunciado también por Vaz Ferreira: o utopía psicológica o tiranía. El criterio general verdadero es el de agregar al buen individualismo y a la libertad considerados como valores supremos, una socialización parcial que los complementa, de lo cual resulta en el fondo una gran cuestión de grados, para la que dentro de ciertos límites caben soluciones igualmente legítimas. Pero el autor sobrepasa esos límites llegando a una socialización casi total, organización excesiva que hace teórico el funcionamiento de las libertades individuales a las cuales con todo acierto adhiere en el planteamiento general.

No nos referimos a la noción de mínimo vital que comporta solamente una socialización parcial, de lo grueso, y que por otra parte parece haber adquirido en Francia y Estados Unidos una difusión y aceptación mucho mayor es de lo que pudiera pensarse, como tampoco a que ese mínimo vital aumente progresivamente porque a medida que aumentaría la organización así establecida aumentaría correlativamente la parte de libertad sino a la concepción de la distribución de las riquezas y del servicio civil de trabajo que abarca la totalidad de la producción (distinto en esto de la institución del mismo nombre adoptada por otros grupos y relativa a ciertas clases determinadas de trabajos). Inadvertidamente tal vez el autor incurre en una organización excesiva, pero se siente que no es con pseudo conciliaciones de soluciones más bien verbales que puede resolverse la oposición real que, más allá de ciertos límites en que son conmpatibles y deben complementarse, existe entre la organización y la libertad.

Julio Paladino

DOS LIBROS MEJICANOS

DESPERTAR LAGUNERO. México D. F., Setiembre de 1937. — El Sindicato y el Consejo Técnico de los Trabajadores Gráficos de la Nación.

Habremos de referirnos en esta nota a dos libros mejicanos, dos de las tantas ediciones que Méjico envía a América del Sur, para conocimiento de su vasta labor, en su marcha cultural, tan importante como es su reforma agraria, admiración de todos. El primero es el que sirve de título, que nos atrae la simpatía de pronto y a primera vista, por una carátula bien coloreada y compuesta de Alfonso Maldonado, en que las armas de la paz están "lista para la conquista del presente y del futuro" como señala una de las últimas fotografías del "Reportazgo Gráfico", que se admira y se quiere en su labor constructiva, ennoblecida por un sentido revolucionario en su plástica expresiva y en su palabra depurada. Y es que, a través de esta documentación en que se "relata la lucha y el triunfo de la revolución en la Comarca Lagunera", —"ricas regiones agrícolas: de la Laguna (destinado preferentemente al sembradío de algodón) y de Yucatán (propicia al cultivo del henequén)— vemos unos de los más significativos hechos históricos, en lo que respecta a la Reforma Agraria, por la cual Méjico con Cárdenas de guía y sostenedor, libra la más bella batalla de estos tiempos que vivimos. Podría parecer demasiado halagüeño el documento, —y los derrotistas y falsos demócratas así lo estiman,— pero no para nosotros que vivimos el ardiente destino de ese país, y sabemos bien hasta dónde ha ido su alcance en la demostración de que toda revolución social, debe estar desenvuelta en su totalidad, de acuerdo con un concepto de justicia que empieza y termina en la realidad que viven sus actores. Y más que una demostración de lo que es posible en materia reformista agrícola, o en su desenvolvimiento arquitectónico, o en la difusión de su arte, hay una esencia revolucionaria que es la razón misma de su vida y que adquiere el mismo sentido en todos los aspectos de su desenvolvimiento. Méjico no podía alcanzar la paz de su conquista material, si al mismo tiempo no luchara por el sentido cultural, o la razón de alegría de la existencia del hombre, hasta ayer triste, pobre y explotado. Una cosa está en la otra. Una cosa supone la existencia de la otra. Su expresión, pues, tenía que ser una demostración del espíritu general que la anima. Por eso es que al lado de las razones geográficas que dan características a la región Lagunera en este volumen, está toda una historia de su pasado, que es más expresiva que toda una biblioteca, y en donde, a veces, una simple figura como el triángulo simbólico del capítulo de "la propiedad en la Laguna", enseñan más que toda ancha documentación, de significado imposible de desentrañar concreta y lisamente. "En la base, larga y potente, se encontraban nuestros centenares de miles de trabajadores; en el vértice, unos cuantos latifundistas privilegiados; en medio, los contratistas y empresarios". Evidente. Todos descansaban "prósperos y confiados, en la base". Y junto a esa historia de latifundio y terratenientes, de miseria y expoliación, de pobreza total, se planea entonces "el despertar lagunero", desde la visita presidencial, hasta el texto del acuerdo presidencial en cuyos nueve artículos se estructura el reparto de las tierras y aguas a todos los núcleos de población rural. Y surge, finalmente, "una nueva realidad" con "el presente y los anticipos de futuro" en que exalta el hombre la vida y su realización con la firme convicción de que todo eso sucede porque un esfuerzo colectivo ha determinado la cohesión de las masas que están detrás de una poderosa voluntad y comprensión humanas: el presidente Cárdenas. Junto a todas estas cifras y datos de economía e historia, geografía y técnica industriales, está el elemento plástico de incalculable valor en bellas fotos y simples pero hondos pensamientos, que las definen o completan. Porque no es lo mismo decir "las tierras no tendrán sed", o "así es la tierra, hosca en apariencia, fecunda y maternal en realidad", o "cuando el algodón florea: los campos tienen sonrisa blanca al apuntar la cosecha", que simplemente poner una fotografía con una leyenda de encargo, "made in U. S. A. o in Germany", como nos llenan los oídos y ojos y bocas, las revistas y libros "estandardizados" a que el capitalismo nos tiene acostumbrado. Una revolución es tal, cuando en su marcha, todos los elementos se mueven en rigor dentro de una misma fe, con un mismo sentido y con la misma proyección futura. Por eso es que creemos en esta revolución mejicana.

LIBRO DE LECTURA PARA USO DE LAS ESCUELAS NOCTURNAS PARA TRABAJADORES. — Primer Grado, Serie S. E. P., Comisión Editora Popular de la Secretaría de Educación Pública. — México, 1938.

Más que sentido de crítica, esta nota tiene valor de exaltación, porque se exalta lo que se ama, o lo que se soñó hacer o lo que se sueña conseguir, un día. Por eso, no es una opinión pedagógica, la que surgirá de mi análisis de este libro para el primer curso de adultos que aprenden a leer en las escuelas nocturnas del inmenso hervidero que es ese Mé-

jico de ahora. Su valor documentario es ya un ejemplo de incalculable trascendencia. La Comisión Editora Popular destaca el hecho de que en su confección participaron los sectores del pueblo a quien ella va dirigida, además de maestros capaces, que en largos años, desentrañaron la necesidad más inmediata y el conocimiento más imprescindible para saciar esa necesidad. Además esta obra fué "escrita y discutida colectivamente, con un amplio espíritu autocrítico, puesto de manifiesto en toda su extensión por los que colaboraron en ella", y en sus ilustraciones intervinieron todo "un equipo de artistas designados precisamente por la sección de Artes Plásticas de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios". Esto es ya casi una definición exacta del espíritu que anima este libro simple y bello. ¿Metodología? ¡Qué nos importan los métodos y la precisión encanallecedora con que nos sirven, ahora! Hemos dado a la técnica de esta sociedad más importancia de lo que la técnica tiene. Hemos hecho casi de la técnica, lo total de nuestra vida en detrimento de sus propios íntimos intereses y de su proyección futura. ¿Qué haremos, o podemos hacer con una metodología perfecta para la enseñanza de la lectura, con un incuestionable método analítico-sintético, o con el sentido global del Ideo-visual, o... como sucede con los nuestros, si no hay una sola línea en su perfecta metodización que no esté viciada de servilismo, de miseria y mansedumbre espiritual? Por lo demás, hemos demostrado en muchos años de experiencia que la escuela actual le da mucha más importancia a la enseñanza práctica, —el caso de la lectura-escritura, por ejemplo,— para despistar la verdadera enseñanza que se abstrae de hacer cuando el niño empieza la tremenda conjugación de su realidad con la vida; cuando en él se desenvuelven los grandes complejos que esperan ser aclarados, vanamente, por sus maestros o profesores. Porque, además, esta enseñanza de la lectura-escritura, tan pretendidamente importante, carece de esa trascendencia que le han asignado. Cientos de casos de niños y adultos en nuestra escuela, aprendieron a leer y escribir casi absolutamente solos, luego de iniciarlos en la vocalización y en los primeros sonidos para su juego idiomático. ¿Entonces? Ha habido una manifiesta intención en ese fin creado, y que no vamos a analizar, aquí, porque aquí queremos darle otro valor —que el de una nota bibliográfica— a este libro; queremos darle todo el valor emocional que él tiene, por el cual aún me tiembla de alegría en las manos, minutos después que dejara de hojearlo ávida y apasionadamente.

Y no es ironía de nadie el hecho de que se pensara de que yo debía hacerle el comentario, puesto que mi anhelo por una escuela como esta fué quien quebró no sólo mi posibilidad de permanecer en un oficio y aptitud conseguidos en ruda lucha, sino hasta el vasto sentido de experimentación que había delineado a través de su posibilidad didáctica. Hasta mi separación definitiva del magisterio sentí constantemente el peso

de mi conciencia rebelada frente a la mentira que debía desencadenar, al fraude que debía destruir, a la infinita cadena de la historia, de la geografía, de la moral, que debía romper cada día en la lucha por la justicia humana. ¿Cómo no estar gozoso aún frente a estas páginas, que no sé bien qué admirar más, si su concreción metodológica, o su expresión de verdadera jerarquía intelectual, o sus formas sin mentira, revelación que halaga y engrandece? ¿Cómo no estar, pues, lleno de fe, iluminado por dentro como en camino coloreado por razón y sentimiento, mirando espacios infinitos que se abren ante ojos inauditamente sorprendidos, viviendo los menores espectáculos de una sinfonía que empieza en tan simple acorde, la estrella, no la misteriosa que no sabemos adónde nos lleva, sino aquella que sabemos hacia dónde nos guía, razón primera, el a, e, i, o, u de nuestro sentido para marchar detrás de algo, y ya en la octava lección la verdad nos asalta de golpe: "dame pan, dame casa—no todos tenemos casa, no todos tenemos pan"? Que esta es alegría muy alta en mi ahora, no dudéis. Porque ésta nace de una evocación y sueño que hizo de mi vida, su razón; de mis noches y días, entrega total, y de mi destino, "piedra de escándalo" para quienes yo debí haber seguido la mentira de los insulsos y desarticulados, anodinos y cínicos libros de Figueira, los "nuestros" —¡oh, Fabio!— de nuevo, ahora. Desde ese pobre "¿Quieres leer?" hasta la última línea de uno que mal le llaman "Vida", no pasa página en que no se mienta, se escupa separaciones de clases, pobres y ricos, orgullos y envidias; en que no se enseñe conceptos de burdo caritatismo o moral de Misia Paca. No pasa una sola línea en que no se encuentre la trivialidad y el artificio supliendo el sentido vital, la coordinación y la unidad, amarga o alegre, de la vida misma. ¡Qué trágico paralelo entre esas lecciones de moralejas tristes, de resignación y cobardía, y estos cantos de fervor y esperanza, arrancados de la entraña misma del hombre: "ramo de manos cansadas—manos de mil camaradas—cansados de soportar—ramo de manos cansadas..." A estos cantos exaltan y fortifican láminas fuertes, entonadas y claras, en que por sobre la muerte y el escarnio está flotando siempre el lejano pero accesible horizonte para todos los "que queremos un mundo mejor... ¡Qué diferencia, aquí, en donde "los puños en alto" no significan una provocación —como señalan los enemigos de reivindicación— sino la angustia y el reto, de "los compañeros que desfilan en apretada masa"! Sí, qué trágico paralelo entre aquellas lecciones que nos incitan a "ser ricos para ayudar a los pobres", o que nos enseñan burdas comparaciones "oscuro como la noche, claro como el día", y estos pequeños cuadritos, aguas fuertes, estampas verdaderas: "Felipe contempla el mar. Muere la tarde. El sol pinta de rojo el panorama. El faro recorta su figura en el fondo profundo del paisaje"; "El labriego se inclina sobre la tierra. Los bueyes arrastran el ardo con caminar tranquilo. Abre la reja el surco. Los perros

jadeantes buscan la sombra de los matorrales. Quema el sol. Hay fuego en el aire." O con estas interpretaciones y recuerdos de cantares populares, epopeya indudable que viene del fondo del tiempo, que el hombre aprende junto al abecé, se familiariza con su belleza y desentraña su sentido: "...Si por mares en buque de guerra, si por tierra en un tren militar", como es la "Adelita", "canción de guerrilleros, canción de soldaderas", que sirve para enseñar las sílabas en que la u es muda; o como en el caso de la g fuerte, que sirve de pretexto el canto popular: "Al toque de generala—la gente toma las armas—la gente toma las armas—saliendo de sus barracas...—Al toque de generala." O qué trágico paralelo de aquello: "Fruta verde, gato rabón, gente mal educada..." !Oh!, con esa segunda parte del libro que luce portada con tal recomendación: "Este libro es tu amigo. Día a día verás que sus páginas te dirán cosas nuevas. Te señalará tus deberes y te enseñará a exigir tus derechos. Piensa que la liberación de tu clase depende de lo que sepas..." Y en cuya parte entera se exalta al hogar obrero, que, pobre y raído, pero limpio "cobija el descanso de los trabajadores..." y que "algún día será mejor"; en las que se asegura que "el SINDICATO es camino, el SINDICATO es fuerza, el SINDICATO es escuela"; o en donde se les pide a "las manos rudas", a "las manos callosas y fuertes", a "las que llevan el afán de construir y levantar", que "¡construyan un nuevo mundo!"; o finalmente, en las que se dictan rudimentos de economía política a los obreros en forma concisa, a veces dialogada, pero siempre breve y claramente expresada; o todavía en esa su última página que incita al obrero a ser pionero, "el que va siempre por delante, el que abre brecha para que pasen los demás... Pionero, siempre pionero".

Méjico puede estar satisfecho de esta obra realizada y debe saber que cuenta en el mundo, con el apoyo de todas las fuerzas vivas del pensamiento y de la acción para la realidad de su efectivo nacional, consagrado en patrimonio universal por las clases revolucionarias del mundo.

Jesualdo

Ensayos
PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRADOR:
FRANCISCO GAÁL - Calle Zabala, 1376
Teléfono: 8 21 78 - Montevideo

Director: *Eugenio Petit Muñoz*
Secretario de Redacción: *Alicia Goyena*

Consejo de redacción:

Juan P. Beltramo
Carlos Benvenuto
Clemente Estable
Carlos A. Etchecopar
Hugo Fernández Artucio
Celestino Galli
Gustavo Gallinal
Luis E. Gil Salguero
Héctor González Areosa
Antonio M. Grompone
Gervasio Guillot Muñoz
Roberto Ibáñez
Rafael Laguardia
Alfonso Llambías de Azevedo
Lincoln Machado Ribas
Emilio Oribe
Carlos Sabat Ercasty
Emilio Zum Felde

Corresponsales en el exterior:

Buenos Aires:	Francisco Romero
	Angel Vassallo
Sao Paulo:	Gervasio Furest Muñoz
Santiago de Chile:	Humberto Díaz Casanueva
Caracas:	Salvador Fuentes Vega
California:	William Berrien
Paris:	Luis Ollivier
Madrid:	Helios Armando Vasseur

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION
(DESDE EL N.o 13 INCLUSIVE)

Número suelto.	$ 0.60
Suscripción mensual	" 0.50
" trimestral	" 1.50
" semestral.	" 3.00
" anual	" 6.00